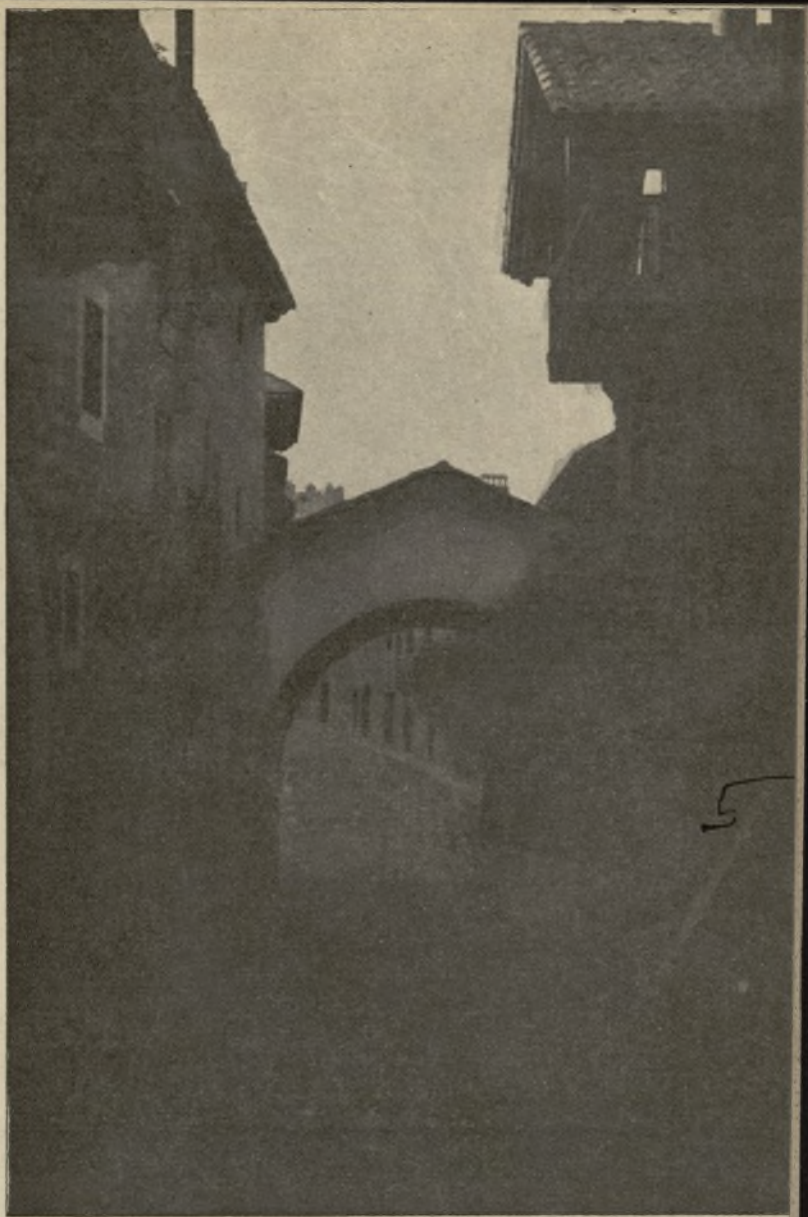


751

8.26



Calle

REVISTA Ayuntamiento de Madrid LITERARIA

NTERA

INDICE

PORTADA: Bello rincón mallorquín	<i>E. del Pino.</i>
NUESTRA PAGINA DE HONOR: José M. de Pereda.	<i>El Sabor de la Tierruca, Cap. I.</i>
JOSE ANTONIO... Mesianismo de su destino	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
SENTIMIENTO Y AMOR DE ESPAÑA	<i>Benjamin Ramos Garcia.</i>
LA EXPOSICION DE PINTURA BRESCIANA DEL RENACIMIENTO	<i>(Especial para «CAUCES»)</i>
Clásicos españoles: JUAN RUIZ DE ALARCON	<i>Francisco Padín.</i>
SALMO DE AMOR	<i>Alberto Alvarez Ruz.</i>
POEMAS	<i>Juan Ruiz Peña.</i>
COMENTARIO A ALBENIZ	<i>José María Hernández-Rubio.</i>
FALSA LEYENDA DE JEREZ	<i>Jesús de las Cuevas.</i>
LA CARTUJA (fragmentos)	<i>Rubén Darío.</i>
ULTIMA GLOSA SOBRE LITA	<i>F. Gómez de Travecedo.</i>
LORD KELISN Y YO	<i>Juan Miranda.</i>
HOMENAJE EN MADRID AL POETA ADRIANO DEL VALLE.	
Poetisas de la nueva España: LINA TAGORE	<i>Enrique de Atarfe.</i>
PURA	<i>Jesús Alonso y Alonso.</i>
EN RECUERDO DE UN POETA.	<i>José Sanz y Díaz.</i>
Estudios: EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>
ANTENA LITERARIA: Crónica internacional	<i>J. Ugidos.</i>
CENTRO DE CULTURA SUPERIOR FEMENINA.	
BIBLIOGRAFIA	<i>Luis de Barja.</i>
«VIERNES»	
«MAURITANIA»	
«HORIZONTE»	
«REVISTA NACIONAL DE CULTURA»	
«FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS EN BE- NÁDALID (MALAGA)	
ACUSE DE RECIBO	

26

NOVIEMBRE

1 9 3 9

Ayuntamiento de Madrid

Ya estamos en el porche de la iglesia. ¿Te llama la atención el pórtico? Es bizantino: hay muchos como él en la Montaña. Lo restante del templo es *trasmirano* puro, y a retazos y por obra de misericordia. Entremos en él. Pobreza como afuera, y el mal gusto propio de la rustiquez de estas gentes. La Virgen con bata, lazos y papalina; un santo Cristo, no mala escultura, con zaragüelles; los soldados de la Pasión con botas y gregüescos; junto al Sagrario, ramos de papel dorado; y en las columnas de los altares, no malos ciertamente, litografías colgadas. (La intención ve Dios más que las obras.) Un coro postizo, labrado a hachazos, y una mala escalera para subir a él; desde el coro, otra, de dos tramos y al aire, para subir al campanario. Valor... ¡y arriba! Ya llegamos.

La altura del observatorio nos permite examinar el paisaje en todas direcciones. ¡Hermoso cuadro, en verdad! La meseta llega, por el Oeste, a la zona de sierras, y con ellas se funde cerrando la vega por este lado. En el recodo mismo que forman la meseta y la sierra, al unirse, hay otro pueblo, recostado en la vertiente y estribando con los pies en aquel extremo de la vega.

El nombre le cae a maravilla: *Rinconeda*.

Le envuelven por los flancos y la espalda espesos cajigales y castañeras, que hacia la parte de Cumbrales se desvanecen en la faja de arbustos ya descrita. Al Este, mengua la meseta, declina suavemente; y cargada de caseríos, huertos y solares, se agazapa y desaparece en el llano de la vega, la cual continúa en rápida curva hacia el Noroeste, con su barrera de montañas, bajas y redondas desde Oriente a Norte. Entre las *barriadas* de Cumbrales, *llosas* abrigadas; en el suave declive occidental de la meseta, brañas, turbas y junqueras; y en la llanura, otra vez prados y maizales, y el río, que corriendo de Poniente a Levante, los recorta y hace en el valle un caprichoso tijeiteo, mientras se bebe en un solo caño los varios regatos que vimos deslizarse al otro lado de la vega. Más allá del río y de las mieses, sierras y bosques; entre ellos, y sobre los cerros cultivados, pueblecillos medio ocultos en alegre anfiteatro, y caseríos dispersos; y por límite de este conjunto pintoresco y risueño, las montañas que vuelven a crecer y cierran la vasta circunferencia al Oeste, donde se alzan, en último término, gigantes de granito coronados de nieve eterna, como diamante colosal de este inmenso anillo.

A la parte de allá de la sierra que domina y asombra a Rinconeda, está la villa, de la cual se surten los pueblos que vemos, de lo que no sacan del propio terruño. Enfrente, es decir, a este otro lado y allende las montañas, está la ciudad. Hay más de seis leguas entre ésta y la villa. Por último, detrás de esa gran muralla del Norte se estrella el Cantábrico, camino de la desdicha por la mitad de la juventud de esos pueblos, tocada de la manía del oro, que se imagina a montones al otro lado de los mares.

Sobre los anchos y firmes senderos de la Hispanidad, se ha alzado, como un camino de luz, en esta Fiesta milenaria del Pilar y de la Raza, la voz de Franco el Caudillo.

Respuesta de dimensiones ecuménicas, a aquel claro mensaje con que Nicaragua, adelantándose a los demás pueblos hermanos de la América española, saludó a los Cruzados de Occidente, en las horas iniciales del Alzamiento Nacional.

Se han borrado para siempre, las fronteras que levantó la incompreensión; y después de dos siglos de alejamiento, de abandono de una eterna misión providencialista, gracias a la Victoria de España sobre las fuerzas disgregadoras, la Historia vuelve a anudar los lazos que ya nadie se atreverá a romper nunca — «Que nadie separe lo que Dios unió desde toda la Eternidad».

«La alta virtud resucita, que a la hispana progenie hizo dueña de siglos...»

Fiel a su vocación descubridora y colonizadora, España se abraza a su Destino imperial y camina, segura de sí misma, en el Signo de Franco, a la reconquista de las virtudes que fueron la base de nuestra madurez histórica.

¡Sobre los anchos y firmes senderos, abiertos en el Mar desconocido por los hidalgos y los aventureros, por los capitanes y los almirantes...!

¡Dulce y divino Ruben! Profeta y Precursor de la Hispanidad: Desde esta orilla del Océano, hoy, más que nunca, florida de lises, la Espada de Franco, saluda la armonía de tu Himno gigante!

calles

JOSE ANTONIO...

MESIANISMO DE SU DESTINO

En la noche oscura de nuestro liberalismo, en los años de oprobio de aquella República, síntesis de todos los valores negativos de la Raza, felizmente arrancada para siempre, de esta sagrada tierra, de ecuménica historia, por la voluntad de Dios y el genio de Franco, este retorno a las virtudes señeras de la Romanidad y el Imperio, parecía un sueño imposible.

Cuando, con la sangre yerta del frío de aquel invierno antinacional y antihumano, y la mirada perdida en un lejano horizonte de esperanzas, se atrevía el alma española a pensar en el Triunfo, suspiraba uno, como deben suspirar los creyentes de esas religiones oscuras que todos los días agonizan y mueren en el remoto y misterioso Oriente.

¡Aquella noche oscura, que muchos creyeron eterna, y en la que sólo unos cuantos locos sublimes, divinos adelantados del Ideal, vieron las Vísperas gloriosas de este amanecer, Católico y Español!

Hacía falta que un brazo de titán se hundiera en la costra de prejuicios que deformaba el sér de España, para arrancar el corazón al cuerpo dolorido de la Patria, y mostrarlo, ensangrentado y palpitante a esas muchedumbres sedientas, que en una vigilia de siglos, desfallecían en todos los caminos de España, en la espera de un Paraíso Fácil, de una vida muelle de falaces delicias que no llegaba nunca.

Habíamos perdido la Fe en nuestros destinos; nuestras rutas, eran trazos inseguros en las páginas grises de la historia; y sobre la nieve de aquel invierno las rosas de pasión de nuestros mejores días imperiales, apagaron sus colores, y los pájaros de nuestra vieja primavera, callaron, ateridos de aquel frío, que tornó yerta nuestra sangre, en el duro calvario de la República antinacional y antihumana.

¡Qué bello destino el tuyo, José Antonio! Tuviste la gallardía de abandonar la Ciudad y salir a los caminos, en cuyos bordes, las multitudes se agolpaban, en una espera desconfiada de siglos...

Tú les hablastes, para prometerles la gloria de un Paraíso, CON ANGELES Y ESPADAS EN LAS JAMBAS, y se obró el milagro, que hasta entonces, únicamente habíamos visto en las cándidas páginas de las leyendas doradas. Aquellas muchedumbres, ilusionadas y dichosas corrieron detrás de tus pisadas, y volvieron a tener Fe en sí mismas, y en la REALIDAD TRASCENDENTE DE LA PATRIA; y amaron la lucha y el dolor, la renunciación y la muerte.

¡Amaron todo lo que les habían enseñado a odiar los falsos apóstoles que hablaron bajo el temblor de estrellas en la noche de España, antes de que tu Voz sonara en esos caminos, como el eco de una Verdad milenaria!

Ayuntamiento de Madrid

¡Qué verían en esa ausencia del mundo, qué había en tu aguileño mirar, y en tu gesto prócer de Profeta, y en tu acento de Poeta y de Caudillo!

¡Qué verían, para correr, así de jubilosas y enloquecidas, a la gloria de una muerte cierta, en la casta desnudez de los senderos, llenos de sangre y de espinas, cuando Tú les mostrabas, en tu mano fuerte de Mesías, el corazón palpitante de la Patria!

¡Qué bello destino el tuyo, José Antonio!

Tú dijistes, que la semilla antes de dar fruto, ha de pudrirse en la tierra; y he aquí, cómo en esta hora, venturosa y nueva, al florecer, sobre los huesos de los mártires, los blancos rosales de la Paz del Imperio, los que creyeron en tí, ven cumplirse, otra vez, tu palabra.

Y se cumplirán todas hasta el final. Porque todavía han de realizarse muchas de tus Promesas, *José Antonio*. Que aquella Guerra Santa, aquella hoguera gigantesca de la Fe, en que España ha consumido todas sus culpas, no era aún la integridad de la Revolución que tu soñastes.

Casi no era más, que la expulsión de los hombres sin Dios, el aniquilamiento de la horda incendiaria y deícida, que asolaba el alma de la Patria.

Vendrán luego, al volver las banderas victoriosas, las jornadas triunfales de interior fortalecimiento, de augustas expansiones; la bella tarea de abrir en todos los mares y en todos los continentes, surcos espirituales,—los más hondos, los más recios y estables, por ser empresa fecunda de esa PARTE DIVINA QUE HAY EN LO HUMANO—, para que tus falanges, en todas las latitudes del Mundo, tornen a encender los claros fulgores de aquella Monarquía teológica, popular y absoluta, que grabó en las piedras renacentistas de su mejor arquitectura, las Flechas y el Yugo de la Unidad religiosa y nacional, tan gallardamente sostenida por tí, *José Antonio*, frente a los decadentismos de aquella República arrancada para siempre, por la Voluntad de Dios y el genio de Franco, de esta sagrada tierra, de ecuménica historia.

Y siempre, lo mismo en la paz que en la lucha, en el triunfo que en la adversidad, tu espíritu hecho carne en nosotros, y tu poesía, conformidad y estímulo en nuestros desalientos; y tu prosa, apacible y magnífica, como un deslizarse de aguas mansas sobre cauces de arena, sonando en nuestras almas con esa divina cadencia de la prosa sencilla y sublime del Evangelio.

TODO ESO, es tu destino, tu bello destino. Junto a esa belleza ¿qué importa lo demás, *José Antonio*?

P e d r o M O N T E R O G A L V A C H E

A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

JOSÉ ANTONIO

Ayuntamiento de Madrid

Sentimiento y amor de España

Corrían los días críticos y angustiosos de Julio de 1936, las primeras horas precursoras de aquel mes de Julio, en tierras de Africa. ¿Qué pasa en España?—nos preguntábamos. Preocupación de entonces y ya de siempre por la Patria, suprema justificación de estas meditaciones nuestras, de eterna actualidad en el espíritu español.

En toda hora de solemnidad y trascendencia del sentimiento patrio, que todo español por insensible que sea a las emociones externas ha de experimentar, nuestra alma y nuestro sentido de amor y de afección a todo lo que nos rodea por consustancial con nuestra esencia de ser y de sentir, se ha de encontrar conturbado, tenso de interrogaciones, llenos también de conmoción espiritual; serenos, pero temblorosos; firmes y creyentes, pero alerta y avizor a no se sabe qué cúmulo de sensaciones inmediatas, de hechos concretos o de acciones próximas del nuevo avatar actual; rumbo a qué horizontes o a qué puerto y bajo qué signo o bajo qué norma paridora de sistemas y de fórmulas y de reglas o de cauces o de moldes, donde encaje el contenido, todo el gran contenido sustancial e histórico de nuestro espíritu, de nuestro aliento creador, de nuestra continuidad, de nuestra razón filosófica, incuestionablemente afirmativa de existir y de ser, para un futuro en que se rodondee este Genio de España ingente y prócer, cristalizando en las formas sensibles de un resurgimiento peninsular y ultrapirenáico.

Este sentimiento profundamente español, que se compenetra con todo lo actual con una interrogación y con una esperanza; con una inquietud material de la carne y una fe clásica, henchida de teorías raciales y de creencias milenario-ibéricas, se vuelve en torno de lo que le rodea y de entre todas las voluntades enhiestas y todos los alientos bélicos y todos los paroxismos patrióticos, quiere entresacar la razón constructiva, el latido de afirmación racial, la suprema idealidad de la teoría, que ha de forjar nuestro rumbo futuro, indeclinable, indudable, firme, incontrovertible, ciego de confianza en nuestro destino, compacto y recto, viril y templado, como nuestra retórica clásica y nuestros aceros toledanos del Quinientos.

¿Qué pasa en España?—nos preguntábamos desde Africa en Julio de 1936.

Solamente un cerebro divinamente equilibrado, puede tener serenidad para pensar y abrir cauce al discernimiento en aquella hora tremenda, pero también fecunda en que nos encontrábamos. Un cerebro con mucho equilibrio y un corazón con mucha fe, hay que añadir. En razas de una expansión y de un volumen creador tan gigantesco como la raza española, no se pueden hallar otros factores determinantes de un seísmo social como éste, más que en una descomposición de tipo exótico, que a través de nuestros acontecimientos más gloriosos y nuestras conquistas más geniales, ha venido minando y atacando nuestras creaciones más excepcionales en aquellos puntos vulnerables que tienen todas las obras humanas por perfectas que sean.

Nosotros somos latinos y con el Renacimiento fué latino y humanista el mundo entero, bajo la égida de España, en tiempo en que en los dominios del Rey Felipe no se ponía el sol. El mundo se asimila las ideas luteranas y calvinistas y el espíritu protestante prende otro tono de civilización en el resto de Europa. Sólo España lanza a los vientos su Contrarreforma, y afirma su reciedumbre clásica con sus sabios humanistas de Salamanca y Alcalá.

Tenia que venir el siglo XVIII y la filosofía cartesiana y Voltaire y Diderot y Robespierre y el jacobinismo para que viniese también a España un espíritu de descomposición y de derrotismo, prendido en las alas de un pseudo liberalismo decadente.

Ninguno de nuestros gritos liberaloides, tienen justificación; ni aún los más cacareados por la Historia. Ni los Comuneros, que defendían el interés localista, regionalista y separatista de sus comunidades, frente al gran espíritu imperial de Carlos V, genio de la ex-

ploración y la colonización del Nuevo Mundo, triunfador de las Germanias (otra rebeldía separatista de la región valenciana) y del Protestantismo, ya entonces europeo.

Ni Riego ni Torrijos, que si bien combatían a Fernando VII no hacían nada por el Estado en descomposición y se dejaban sobornar por el oro peruano y rioplatense de los separatistas americanos.

Ni muchísimo menos, Villacampa, pronunciándose a raíz de la muerte de Alfonso XII; es decir, cuando veía el trono en una mujer combatida, sola y con el problema de la sucesión en sus entrañas.

Esto por no citar sino los más culminantes hitos de nuestro liberalismo secular a vuelo de pluma. Nada justifica que a partir del siglo XVIII principalmente, tomen relieve y encarnen en España, so pretexto de un idealismo democrático constructivo moderno, las rebeldías más disociadoras del sentir reflexivo creador, exaltadoras de apetencias materialistas y subvertidoras del orden social, que es el orden de toda nuestra cultura.

Ya en la prensa de Madrid, después de Abril del 31, hice yo notar—con censura de algunos caros amigos míos—esta exacerbada decadencia del tono general de nuestra vida, que nos hacía estar en desasosiego. Alguien me tachó de pesimista y calificó de postura dogmatizadora y pseudo inteligente, lo que era un profundo grito de mi alma española y castellana. Conservo estos artículos y cometo la inmodestia de decir que los releo algunas veces.

España, sin motivo, sin justificación, se une a un movimiento europeo de la cultura que no le va a su indiosinercia, teniendo como tiene una línea propia, «sui generis» de civilización, que al recibir aquellas influencias, se ha de adulterar o falsear.

Esta es la llamada generación del 98, clasista en sus principios—Unamuno, Valle Inclán, Baroja—, con un castellano castizamente lopesco, cervantino; y sin embargo, con un espíritu volteriano, es decir, iconoclasta, cuajado de las filosofías cartesianas francesas, de espaldas ya al clasicismo helénico y romano que informa nuestro pensamiento renacentista.

Esto es trascendental y nos habría de traer el gran período de transición que hemos de vivir aún, pese a los optimismos de un afortunado Galeno contemporáneo.

Y por eso, desconcertados, nos volvíamos a las influencias nuevas del vivir y no comprendíamos la importación americana de nuestros rascacielos, ni el mecanismo emocional—tipo «standart»—de algunas cintas cinematográficas; ni el absorbente entusiasmo, rayano en el paroxismo, del deporte sajón del fútbol, ni el pugilato bestial del boxeo o del «cacht-as-casca» ni tantas otras cosas, que yo no digo que estén bien o mal, pero que no son consecuentes ni genuinas del temperamento español.

Y a esto, una oratoria y una literatura nueva, seca, influida de «itsmos», tajante, sin conceptos, sino epidérmica, rasa de ideas, de imperativos vitales de nuestra humanidad de mortales.

El materialismo, la nueva doctrina: una exaltación de las apetencias sensualistas de la masa; halago del más fuerte en sus vanidades o en sus necesidades fisiológicas de animal racional; complacencias inteligentes de quienes podían rebelarse con autoridad moral; abandono absoluto a las atracciones del exterior; pérdida de la facultad de cultivar nuestro mundo interior para fortaleza de nuestros desfallecimientos; y la debilitación de todo el temperamento genial de una raza que claudica en la descomposición, en la impotencia, en la rebeldía, en el caos.

—¿Qué pasa en España?—nos preguntábamos en los primeros días precursores de Julio de 1936 en Africa. Sentíamos inquietud y zozobra por España. Es humano y es de hombres españoles de bien, sentirla siempre; pero entonces más que nunca. Pero creamos en ella y en el Caudillo, porque de España surgirá otra vez como en 1492, el sol radiante que al obscurantismo del mundo entero actual le está haciendo falta.

B e n j a m í n R A M O S G A R C Í A

Ayuntamiento de Madrid



"La Virgen con el Niño Jesús". Cuadro de Vincenzo Foppa. Museo Cívico (Pavía)

LA EXPOSICION DE PINTURA BRESCIANA DEL RENACIMIENTO

El Renacimiento, aquella gran primavera del espíritu que se irradió de Toscana a toda Italia, poniendo término a la Edad Media, dió a la escuela bresciana un gran maestro, cuyas obras ejercieron una poderosa influencia en las escuelas lombarda, piamontesa y liguria.

Ayuntamiento de Madrid

La Exposición de pintura bresciana del Renacimiento, que, junto a otras, reúne telas de Moretto, de Romanino y de Savoldo, precursor, éste, de las grandes conquistas de Caravaggio, se propone, justamente, hacer conocer mejor la obra y la figura de Vincenzo Foppa, que puede considerarse como el jefe de la escuela lombarda de pintura.

Paolo Uccello, Filippo Lippi y Donatello, en las primeras décadas del siglo XV habían transportado a Padua el soplo renovador del nuevo arte. Por obra de Squarcione, buen maestro y apasionado coleccionista de modelos antiguos, habíase formado una escuela que buscaba en el estudio de la pintura nuevas fuentes de inspiración, escuela que, con Mantegna, discípulo e hijo adoptivo de Squarcione, inició su maravillosa ascensión, alcanzando con él su mayor esplendor.

Cuando apenas tenía diez y siete años, Mantegna pintó un cuadro de altar, que se perdió más tarde, para la iglesia de Santa Sofía. Poco más tarde comenzó los afrescos de la iglesia de los «Eremitani», y durante los diez años sucesivos pintó, siempre en Padua, algunas de sus obras maestras.

En la atmósfera creada por el gran Maestro y vivificada por su genio, en el ambiente de Jacopo y Gentile Bellini, de Bono de Ferrara y de Nicolo Pizzolo, se formó y vivió Vincenzo Foppa.

Nacido en Brescia entre 1427 y 1430, aprendió en su ciudad natal los primeros elementos del arte, pero, después de haber pintado la «Virgen con el Niño Jesús», se trasladó a Padua. Coetáneo de Mantegna, Vincenzo Foppa experimentó su fascinación, siguió su rápido y maravilloso desarrollo artístico y, como él, estudió el arte clásico con fervor, aprendiendo la exacta observación del cuerpo humano, la armonía de la composición, la nobleza del gesto.

En aquella época, aún predominaba en el Norte de Italia la pintura gótica que, venida de Francia y de Flandes, había producido obras admirables, en las cuales la composición de las figuras tenía, en su ritmo y en su expresión, un sentido casi místico. En Padua, donde ya se estaba afirmando el arte nuevo del Renacimiento, Vincenza Foppa pintó su «Crucifixión».

En este cuadro, la luz y los claroscuros, que crean admirables armonías de tonos, revelan la influencia de Juan Bellini, mientras que en el sentido de la perspectiva se muestra la influencia de Mantegna. Pero los críticos de las obras de Vincenzo Foppa consideran que el Maestro ya afirma en esta obra su personalidad y su estilo, constituyendo la luz y el color los elementos de una expresión suya inconfundible.

Así como la figura histórica de Vincenzo Foppa exigió muchos años de investigaciones, culminando en las publicaciones de J. C. Foulkes y de Monseñor Maiocchi, así su obra ha inspirado las doctas páginas de Adolfo Venturi, de Bernardo Berenson y de Roberto Longhi. La Exposición de pintura bresciana del Renacimiento se propone contribuir al mejor conocimiento de la obra del maestro, colocándola en la perspectiva del Renacimiento de la Italia Septentrional.

Vincenzo Foppa, aunque, como Giovanni Bellini, recibió de Mantegna muchas enseñanzas, no puede ser considerado como un simple discípulo del gran Maestro.

No bastan los motivos que encontramos en muchos cuadros de escuela squar-cionesca (la guirnalda de flores y frutas que parece simbolizar, en el maravilloso San Jorge de Mantegna, la gracia y la virtud del héroe) para confundir a Foppa con los otros discípulos de Andrea Mantegna. Foppa vivió entre los más grandes pintores de su época, y en Milán conoció a Bramante y a Leonardo, pero logró ser sí mismo.

La «Cruxifixión» de Bérgamo ya denota su estilo. Un estilo en que la luz y el color constituyen los elementos personalísimos de su arte.

La grandiosidad de las escenas, la busca del claroscuro, de los planos amplios; la severidad de las figuras, que tienen una solemnidad estatuaría, dan al arte de Foppa ese su carácter de armónico y personal desarrollo que desmiente la afirmación de que ha experimentado «diversas influencias».

En 1456, después del período paduado, Foppa se trasladó a Pavía, donde recibió el encargo de pintar para los Sforza.

Las obras que pintó en el Castillo Sforzesco de Milán, en el de Pavía, en la Cartuja y en el Hospital Mayor, han desaparecido. Afortunadamente, se han conservado los afrescos de la Capilla Portinari, en la iglesia de San Eustorgio de Milán, que Foppa pintó entre 1465 y 1468, para Pigello Portinari, el banquero de los Médicos en Milán.

Estos afrescos, bastante bien conservados, fueron atribuidos, durante mucho tiempo, a Civerchio, a Batlomomeo de Prato, mientras que, restituidos hoy al Maestro bresciano, constituyen actualmente su obra maestra. Foppa confirmó en ellos su propio carácter. Los colores son ténues, armonizados con aristocrática sobriedad; delicado es el juego de luces y sombras: dos elementos que hallaremos en los otros afrescos de Foppa, y que aparecen muy diversos en sus tablas y telas. Recordaremos, entre éstas, la «Madonna» Berenson y el «San Jerónimo» de la Academia Carrara de Bérgamo, obras juveniles; la «Madonna» de la Colección Trivulzio y la del Castillo Sforzesco, maravillosa por su modelado plástico.

Las «Virgenes» de la Colección Crespi, de la Colección Johnson de Filadelfia, de la Colección Dawis de Nueva York, el políptico de Brera y la «Pala Bottigella» del Museo Cívico de Pavía, son obras de la madurez artística de Foppa.

Entre sus obras más hermosas del período de Pavía y Milán, recordaremos el «Martirio de San Sebastián» y la «Adoración de los Reyes Magos», de la National Gallery de Londres.

En los años de 1489 y 1490, Foppa pintó dos polípticos, hoy desgraciadamente muy deteriorados, existentes en Savona, que revelan su talento de retratista.

Al último período de la vida del Maestro, ya vuelto a su ciudad natal y nombrado pintor oficial de la Municipalidad, pertenecen la «Deposición» del Friedrich Museum de Berlín y la «Virgen con el Niño entre dos Santos» de la Galería Tosio-Martinengo. La última obra del Maestro, que murió en 1515 o 1516, fué el estandarte procesional de Orzinuovi, que se conserva en la Pinacoteca de Brescia. A pesar de estar muy deteriorada, esta pintura tiene gran valor por la sobriedad de los colores, por la grandiosidad estatuaría de las figuras y por los efectos de luz y sombra.

Vincenzo Foppa que, junto a las gigantescas figuras de Leonardo, Bramante y



"Retrato de dama en blanco y negro". (Cuadro de Moretto)

Mantegna, supo hallarse a sí mismo en su arte, aprendiendo de aquellos grandes sin por ello anular su propia personalidad, tuvo un mérito que actualmente la crítica le reconoce.

Fué el primero en difundir en Lombardía, Piamonte y Liguria las nuevas formas del Renacimiento.

Esto es, sobre todo, lo que entiende recordar la Exposición de Brescia.

A su escuela pertenecen Borgognone, Zenale, Butinone, Ferramola, Civerchio. Y cuando el genio de Leonardo, con la sugestión de su inmensa fuerza, encauce la pintura lombarda por otros caminos, Vincenzo Foppa aún podrá encontrar, en su ciudad natal, a los continuadores de su arte, en las personas del Romanino, de Morello y Savoldo.

(E s p e c i a l p a r a " C A U C E S ")

Juan Ruiz de Alarcón

Es, quizá, Juan Ruiz de Alarcón, el menos conocido de nuestros autores dramáticos del Siglo de Oro. ¿Acaso su nacimiento en Méjico lo justifique? ¿O es que la misma mala suerte que siempre le acompañase en vida, había de seguirle después de muerto? Porque, eso sí, Alarcón tuvo mala suerte, muy mala suerte. Era contrahecho, jorobado, y los escritores de su tiempo—Lope de Vega, Tirso, Montalbán, Góngora y otros—satirizaronle con saña: Recuérdese la quintilla que contra él compuso Juan Fernández, «aquel no lerdo concejal de Madrid: «Tanto de corcova atrás—Y adelante Alarcón tienes—Que saber es por demás—De donde te corco-vienes—Y a donde te corco-vas.»

Por otra parte, coincide su existencia, con la de aquellos famosos autores del Siglo de Oro, que tan despiadadamente, repetimos, lo trataron, llegando incluso a calificarle de plagario, cuando en justicia, no era verdad. Sin embargo, y según el parecer de investigadores modernos, aquellas sátiras y burlas dirigidas a Ruiz de Alarcón, fueron sólo, la resultante, más o menos ingeniosa, de una broma, por haber tardado a una reunión o academia que tenían establecida. Permítasenos que lo dudemos, pues ¿no habrá en todo su poquito de envidia? Una envidia tonta, porque si Alarcón pudo competir con ellos en calidad, no sucedió lo mismo en cuanto al número de obras que escribiese—veinte y seis al parecer—si lo comparamos, con las producciones de un Lope de Vega o de un Calderón de la Barca.

Hablamos antes, de la mala suerte de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Nacido en Méjico, por el año 1581, donde su padre desempeñaba un cargo de importancia en la Real Hacienda de Nueva España, allí realizó sus primeros estudios. Desde muy pequeño, viéronse en él sus aficiones literarias. Ya mayorcito y aún contrariando a sus padres, viene a España. Son las postrimerías del siglo XVI. Salamanca—donde finaliza sus estudios superiores—y Sevilla, le gustan sobremanera. Por cierto que, en la ciudad del Betis, conoce y trata a Lope de Vega y a Cervantes, en aquella famosa academia literaria de Fernando Enríquez de Ribera, instalada en su señorial mansión, la célebre Casa de Pilatos, joya de la arquitectura, construida por su antecesor el primer Marqués de Tarifa, D. Fadrique Enríquez de Ribera, o en la no menos famosa reunión de otro Mecenas ilustre, D. Juan de Arguijo, «en quién se ve por gracia y simpatía—la imagen de un perfecto cortesano», al decir de Lope en «La Dragontea». Bien poco consigue nuestro autor, pues le llaman «tortuga de las musas» y «poeta entre dos platos». Ruiz de Alarcón, entristecido, vuelve a Méjico, pero su estancia en Sevilla no ha resultado nula. En sus andanzas y correrías por ella, conoce a muchos miembros de la nobleza sevillana «aquejados del afán de lucro y que dedicados al comercio, procuraban más servir a Mercurio que a Marte». En su comedia, «El semeiante a sí mismo», Alarcón, como prueba de lo

que venimos hablando, dice, refiriéndose a la nobleza sevillana y con una admirable observación, lo que sigue: «Es segunda maravilla—un caballero en Sevilla—sin rama de mercader.» (Acto 1.º; escena 1.ª).

Mas el recuerdo de nuestra Patria, le atrae y le subyuga. Ruiz de Alarcón, pese a su origen mejicano, siente por España un recio y auténtico cariño. Regresa a ella, estableciéndose en Madrid, donde, merced a la protección del Duque de Medina de las Torres, consigue estrenar algunas comedias, teniendo por rivales a Lope de Vega y Tirso de Molina, los dueños y señores del tinglado de la farsa, no arredrándole esta circunstancia lo más mínimo; antes al contrario, le sirve de acicate y estímulo.

Alarcón es, no lo negamos, el menos fecundo de los poetas dramáticos de aquel tiempo, pero en sus obras, modelos de fina observación, de pureza y donaire, distínguese por algo más: por el fin docente que las anima y alienta. Alarcón, no gusta de copiar a otros ingenios, ni tampoco insiste sobre un tema ya tocado por él. ¡Y sin embargo, lo tachan de plagiarío! Por eso dijimos antes, si no habría en todas aquellas burlas y sátiras, su poquito de envidia. En Ruiz de Alarcón, uno de los precursores del teatro moderno, se perfilan ya nuevas tendencias. Tanto es así, que en muchas obras del siglo pasado, se le recuerda e imita en cuanto a lo sentencioso y brillante sonoridad de sus versos.

En Francia, donde «La Verdad sospechosa», sirve que ni pintada para «Le menteur» de Corneille, autor éste que hubiera dado con gusto—decía—sus dos mejores obras, por haber escrito «La Verdad sospechosa», en Francia, si hubo autores que abordasen, más o menos satisfactoriamente, problemas como los de una «Vida es sueño», de Calderón, o de un «Condenado por desconfiado», de Tirso, prefieren, tal vez por más parecidas a la vida ordinaria, la tesis que encierran algunas comedias de Alarcón, como «Quien mal anda mal acaba», «No hay mal que por bien no venga» o «La verdad sospechosa».

Y puestos a estudiar toda la obra de Ruiz de Alarcón, un hecho resalta, claro y diáfano: el poder reflexivo y moral de sus producciones. En cada una de ellas, resuelve un tema distinto, pero siempre la misma rectitud de ideas; el mismo pensamiento cristiano y español. «Si Lope—se ha escrito—fué el «verbalista» y Calderón el «recio», Ruiz de Alarcón, fué el más «teatral» de los clásicos españoles, por la consideración perfecta que hace de la alegría escénica en la arquitectura. Alarcón es el primer mentís al humorismo, fracaso de la risa noble, la ceca de tiempos decadentes y espíritus inclinados a la burla personal.» Gozó, es cierto, de poca fortuna literaria. Por eso, ahora no debe, ni puede suceder lo mismo. Que si Alarcón fué ignorado en otros siglos, hasta el punto de que su mejor obra y una de las más grandes y acabadas creaciones de la literatura universal, «La Verdad sospechosa», se atribuyese maliciosamente, por algún desaprensivo librero, a otro autor, que esto no se repita nunca más. España no ha de ser olvidadiza con sus hijos ilustres, y Ruiz de Alarcón lo fué, bajo todos los aspectos.

El 4 de Agosto de 1639, cuando ya el poeta cansado de la lucha, desempeñaba por concesión de Su Majestad el Rey una relatoría del Consejo de Indias, deja este mundo que tantos sinsabores le produjese. Y lo deja, con esa humildad y modestia que fueron la característica de su vida intachable, de caballero y de cristiano.

Que algunas de sus obras, como «Los favores del mundo», «Las paredes oyen», «Ganar amigos», «Los pechos privilegiados», «El tejedor de Segovia», «Exámen de maridos», «Quien mal anda, mal acaba», etc., suban a la escena actual. Y como esto tal vez resulte difícil, por múltiples circunstancias, a las compañías de profesionales, sea el Teatro Nacional de la Falange quien realice una empresa tan meritoria. A su ilustre director, el inteligentísimo Luis Escobar, se lo decimos: no lleve sólo «La verdad sospechosa», con agradecérselo mucho. Sean otras comedias de Ruiz de Alarcón, las que también figuren en su repertorio selecto y escogido, y aunque, tardíamente, sepamos hacer justicia a uno de los mejores poetas dramáticos del Siglo de Oro.

F r a n c i s c o P A D Í N

Salmo de amor

No ya la ingente luz de tu pupila
ni de mi amor el cauteloso celo,
se dan la mano que al rozar, perfila
en cárcel de cristal mi firme anhelo.

Dssnudo el lirio de mi sien, vigila
un gotear de sangre... y mi desvelo
se estrella entre tus rocas de sibila
y mueve a majestad tu impropio hielo.

Sabedora de lides y de estrellas,
de danzas, de dolores, de querellas,
de amor rayano y de reciente olvido;

El símbolo carnal de tu hermosura
es la llama sedienta que asegura
el ritmo de mi pulso conmovido.

A l b e r t o A L V A R E Z R U Z

Ayuntamiento de Madrid

POEMAS

I

Sobre el ciprés, ¿ves la luna
Avanzar hacia nosotros?
Y al resplandor del crepúsculo
Que al reflejar en los ojos
Deja un sonrosado rayo
De luz aguda en el fondo.
¿No sientes que se apodera
Un impulso misterioso
De nuestras almas? Yo sé
Que en su dorar poderoso
De los árboles, el sol
Va creando esa de oro
Atmósfera que soñamos
De nuestro paseo en torno.

II

Ese sereno olor
Por la noche esparcido
Hace al alma rozar
Con su cuerpo los vidrios
De tu entornado cierro;
Y ordena tu dormido
Espíritu que cruce
El oscuro recinto
De la plaza, que eleva
Su temblor infinito.

III

Si mi mirar te anuncia
Lo que mi labio calla,
Lo dice ¿mi silencio,
Que es la voz de mi alma?

J u a n R U I Z P E Ñ A

Ayuntamiento de Madrid

COMENTARIO A ALBÉNIZ

¿Me atreveré a decir que la música es un arte de las decadencias?

Sí. Me atrevo. O más bien decir que es un arte de épocas «pasivas».

Y es algo que no necesita demostración porque está ahí como un hecho, con toda la realidad inmensa de los mismos y con la luz clara de un mediodía.

Y es porque la música es un arte de espectador. El compositor es un espectador de sí mismo y del mundo, que traslada a su vez a un nuevo espectador su receptividad. Aparte de ello la música es un arte de recuerdos, de nostalgias. Es además algo de fondo trágico, como la poesía, de problema vivido intensamente.

Hace falta como ambiente de la música un dolor fino y hondo, la alegría de la melancolía, el placer del dolor y de las lágrimas.

Hace falta la tristeza,—la mitad de la inmortalidad, que decía Byron—; sentarse a mirar lo que ocurre y lo que nos ocurre; hace falta el ocio,—«elemento indispensable de los sueños y del arte»—. Para esto no hay tiempo en las épocas de acción,—llenas hasta los bordes de otros valores, quizás más altos en la escala de ellos—; la acción nos lo absorbe todo, los valores activos nos arrastran a ponerlos en ejecución, no a metérmolos dentro y todo lo más presentarlos a un público.

La música del genio siempre es producto de una enorme tragedia íntima, sufrida allá en lo hondo del espíritu. Pero la música nacional es aún más el producto de una época dolorida y decadente. Hasta el himno que canta una revolución futura, base de una época activa y creadora, es un producto de sufrir, de desengaños y de melancolías y añoranzas de tiempos decadentes, mas con ansia, sí, de mejoramiento.

La música nacional es un producto folklórico hecho carne en un hombre representativo.

Y el folklore, acervo de un pueblo, depósito de arenas finas en el fondo del alma nacional, humorismo, gracia y sal, es recuerdo, y desengaño de su misión ante la realidad dura, es un Don Quijote cervantino, es contemplación de la pasada grandeza que aún se lleva dentro como la morriña gallega, y que la vemos en los recuerdos exteriores como una mentira lejana.

Es la desgracia, porque como decía Stendhal hablando de Roma y del arte encerrado en ella: «Un joven que no haya conocido la desgracia no la comprendería».

La España de la sal y la gracia, de la solera fina y los refranes sabios, de las canciones castellanas y el cante hondo, de los trajes regionales y las romerías, es la decadente de finales del XVII y el

La Giralda, norte espiritual de la Ciudad de la Gracia, también está reflejada hondamente en la "Suite" del maestro.





Plaza de los Dolores, de Córdoba, cuyo silencio cálido evocara la música excelsa de Albéniz.

XVIII, cuando las calles de las juderías estaban ya colgadas de viejas enredaderas y las casas señoriales y las catedrales tenían un bello tono gris de piedra cansada, y lloraban el musgo y el verdín a la luz de una vidriera llena de polvo; nace cuando en la parda tierra de Castilla se empezaron a contar historias a la sombra de torreones ruinosos, y cuando en los puertos de Sevilla y Cádiz hubo cementerios marinos, donde los galeones, con sus mástiles secos al viento de cristal, soñaban con sus luchas atlánticas de juventud en una melancolía de guajiras, de cargamentos de oro y de morenas muchachas en flor con abanicos de plumas y un loro verde en el hombro sobre un fondo de palmeras y de mares antillanos.

Y para que la música española salga a luz en un triunfo de estilizaciones de gaitas y guitarras ha tenido que cuajar la España colorista y barroca en el siglo XIX, con Isidoro Máiquez y Pedro Romero, con el cuadro de pandereta de los garrochistas de Bailén derrotando a la artillería napoleónica, con el bandolerismo y los cafés cantantes y ha tenido que existir la Alhambra de Washington Irving, desvaída y ruinoso, invadida por gitanos nostálgicos y picarescos.

La música de Albéniz, españolísima y muy música, es ante todo eso... un sueño pausado y denso ante magníficas ruinas. Hay en ella una tortura infinita de abandonos, tranquila y suave y con un esquilón de plata sonando.—en un horizonte lejano de trigos y olivos plantados por romanos—, sobre un campanario blanco y rojo de estilo colonial.

¡Qué escalofrío y qué dolor finísimo en esta «Córdoba», como si una pena inefable,—placer infinito del alma—, nos invadiera al sentirnos solos en una plaza vieja que vibra al amarillo encendido del sol poniente!

¡Y qué alegría, un poco presagiadora del dolor que nos traerá luego, en esta «Sevilla» del maestro, modelo de soltura y gracia!

Albéniz es siempre un remanso de eternidades humanizadas; una lluvia de suavidades infinitas y de recuerdos de algo que amamos.

Yo no sé por qué, pero a través de la música de Albéniz, un mediterráneo y un andaluz, lo más civilizado de la tierra después de Roma, se está siempre oyendo un callado pasar de pájaros...

José María HERNÁNDEZ-RUBIO

(Fotos H.-Rubio)

Ayuntamiento de Madrid

Falsa leyenda de Jerez

Con un pretexto novelista—en realidad encubridor de un fondo histórico de la más pura literatura «walter-scottiana»—y en una forma correcta de diálogos vivos y caracteres apasionados, aparece en el Madrid de la primera mitad del Siglo XIX—, Madrid de niña reina y luchas y convenios civiles—, un libro que habla y sabe de Jerez y sus leyendas.

A la obra de título «Leyendas y Novelas Jerezanas 1838» le hace su saludo y buena crítica, en el «favorecido periódico de Cádiz», D. Alberto Lista y Aragón, un maestro eclesiástico y sabio, de reglas ordenadas... Es un ensayo más entre tantos, clásico y sereno, de amplias consideraciones literarias y morales... Casi diríamos, que gusta de describir y criticar capítulos como los que encierran estas tres novelas jerezanas y en las cuales el deber puede a la pasión romántica y la reflexión es favorable a sentimientos y afectos de un virtuosísimo clasicista.

Porque desde el prólogo, con el feliz hablar del clásico y romántico, hasta la acción agitanada y cervantina de «Los Gitanos», pasando por el interés que inspira un Abenjuc fanático, vengativo, con un alma bárbara y sincera entre el amor puro y hermano del «cristiano y la mora»,—es todo un triunfo de voluntad el que se agita en estas páginas conseguidas, mitad de leyenda y mitad de Historia. ¡Que sólo de esta unión,—poesía de leyenda ascendida y realidad de Historia rebajada—resulta la novela hecha histórica, ambiente y cuadro de verdad sobre la acción, un poco pasional como poeta, de las figuras en carne y flor de la Historia.

Sin embargo, al lado del elogio y la mejor alabanza, en la justa medida que la crítica hace de la belleza y de la desgracia, surge de improviso en el Pendón la primer novela, el primer único y enorme defecto. Junto al bien pintado orgullo y pundonor del caballero, todo el gran carácter del pueblo, de la población de Jerez en el Siglo XIV—está trocado, falseado, y lo que es peor, envilecido...

Ni esa gente ordinaria, de costumbres abatidas e inmorales, ni esa «pillería», más posterior, de feudalismo francés e italiano, que el autor nos coloca en los tornilleros fugitivos que vienen del campo de robar y emborracharse, pertenecen a los vecinos de Jerez cuando esta ciudad era vecina de los moros.

D. Alberto, tras sus cristales y sus formas siempre meditadas, clama con indignación de justicia, en defensa de Jerez, ciudad realenga, con su régimen municipal, con su milicia concejil acostumbrada a pelear diariamente con los moros;... «ciudad que debía contener en su seno una población valiente, laboriosa y morijerada».

Valiente como esos cuatro Juanes que en el camino de Zahara, largo camino el de Zahara, hacen, en un claro romance fronterizo, de veinte alfanges agarenos, veinte remolinos de polvo... En el largo camino que llevaba a Zahara y que tiene una maldición de risueños y después enlutados briales de doncellas, en cada una de sus ariscas y traicioneras piedras...

O como el hijo de Juan Gaitán, muerto, roto el pecho y la jacerina en un bello

y triste romance sin hacer... Y de quien llevan la lanza a la madre—la Sarmiento—y las enredaderas que fueron verdes y ahora son rojas a la esposa...

A «las ricas hembras y villanas» que desde «la muy amada ciudad de Jerez—como la llamó Alfonso Décimo—entre las almenas de las cuatro murallas que daban a los cuatro vientos celestiales, pedían la ilusionada victoria a Santa María... La iluminada victoria sobre los moros y el pecado—que en la noche negra partida de lanzas y lejano ruidos de potros cerriles—tomaba forma y contorno de armadura.

«¡Ah, de los homes buenos!...»

Como gritó la Alcadesa desde las barbacas a los de «Córdoba por Jerez»... Porque a los «xerezanos, que debían ser fuertes como castillos y bravos como leones» y «combatir como las olas del mar en continuo movimiento, sin tregua ni descanso», a los cien caballeros que abandonó Don Alfonso en la más avanzada frontera espiritual y terrena del Siglo XIV, les sobran pruebas y muertos al pie de su Alcázar, para gritar su valentía...

Valentía de venas abiertas y escritos con sangre, de diez moros para un cristiano de Xerez, de «Santiago y Castilla» o «Jerez para Don Alfonso» en labios de «Fortún de Torres» o entre la fidelidad aprisionada con garfios de Garci-Gómez de Carrillo, su mejor alcaide fronterero... O la de aquel Gutierre-Ruiz de Orbanaja, que de viejo entraba en la lid sin armaduras.

A cuerpo limpio, con la lanza más larga, como López de Mendoza o el Herrera que mató a un infante moro y tuerto...

Bajo la guarca de San Dionisio y la visión arcangélica de Santiago y N. S. de la Defensión, con su pendón de «seda oro y colores tornasolados» al viento de la mejor y sana alegría todo Jerez labora y tiene voz de Cortes, título de Frontera y rango y sabor de provincia marítima.

Para recibir en el siglo siguiente las dos visitas de Isabel... Las católicas visitas de Isabel que esta cristiandad anhela entre un guerrear de lanzas y un elegante libro de caballería. Y de romance .. Porque el pueblo tiene sus fronteras hechas de poesía y su cielo de héroes entre honores intactos...

Como en la mejor historia de la mejor ciudad de caballeros. Aquí, al borde del verso fronterizo, en éste como en otro siglo y al margen de ésta como de otra falsa leyenda de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Jerez.

J e s ú s D E L A S C U E V A S

Esto es lo que queremos nosotros y esta es la jornada que hoy de nuevo emprendemos. Esta jornada, camaradas, tiene la virtud de ser difícil; nuestra misión es la más difícil; por eso la hemos elegido y por eso es fecunda.

JOSÉ ANTONIO

Ayuntamiento de Madrid

LA CARTUJA

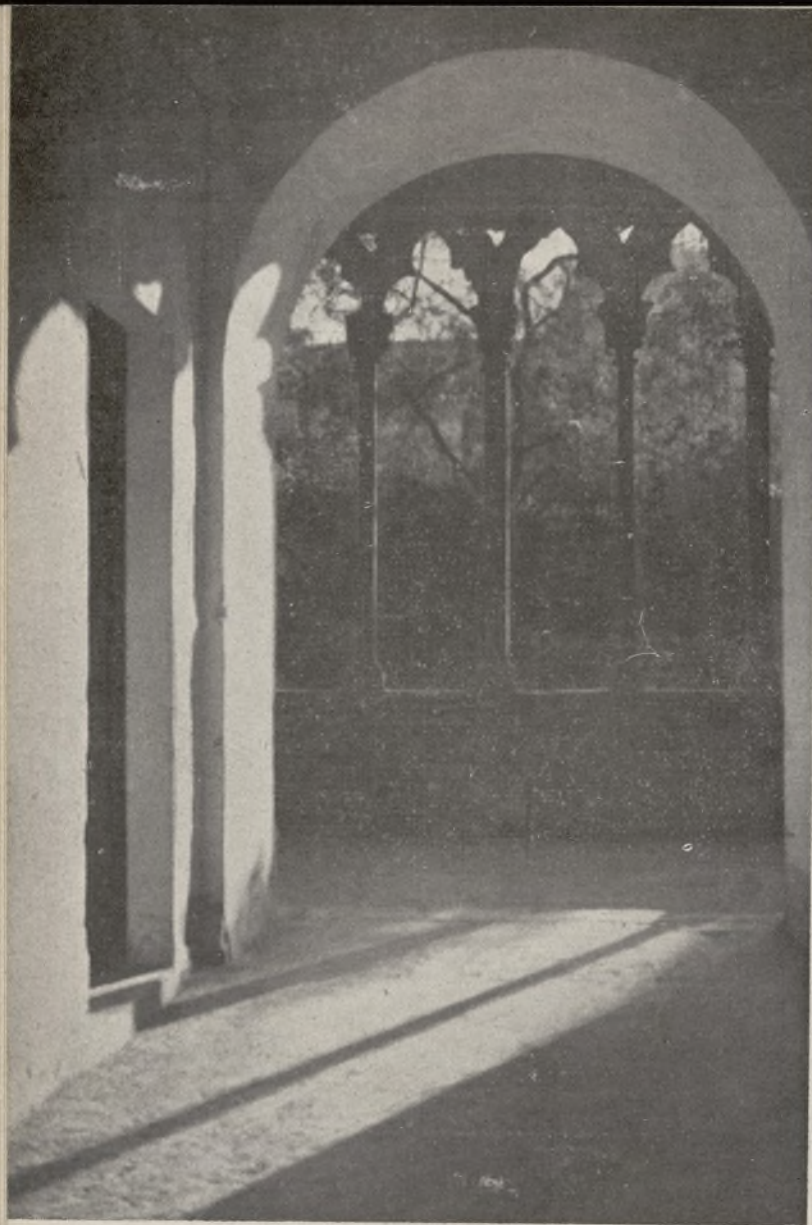
(FRAGMENTOS)

*Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.*

*A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la cruz y al vuelo
misticamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo.*

*La soledad que amaba Jeremías,
el misterioso profesor de llanto,
y el silencio, en que encuentran armonías
el soñador, el místico y el santo,
fueron para ellos minas de diamantes
que cavan los mineros serafines
a la luz de los cirios parpadeantes
y al son de las campanas de maitines.*

*Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.*



*¡Y quedar libre de maldad y engaño
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!*

R u b é n D A R Í O

Foto E. del Pino.

Ayuntamiento de Madrid

Ultima glosa sobre Lita

Juan Miranda, con el bisturí fino de la Literatura, ha dividido a Lita en ocho pedazos; yo creo que es posible obtener de la disección uno más.

El «caso» Lita, traía preocupada a media ciudad y atónita a la otra mitad restante.

Explicación: Lita, es fina, elegante y esbelta; posee un hermoso tono de piel bronce, un «crisler», unas maravillosas pupilas verdes, unas cejas perfectas y sobre todo, un talonario de cheques a su nombre en la cuenta del Banco Nacional, infinitamente más grande que los ojos, el crisler y las cejas.

Con todas estas condiciones, diecinueve años y un chalet a orillas del mar, Lita podía estar ya desde hace tiempo perfectamente casada; es decir, casada alto estilo: con lirios, chaqué o gran cruz, coronas blasonadas en el trusó, cena íntima en el Ritz y billetes de turismo para el Cairo (Venecia es cursi) en el más caro y fastuoso de los esliping del Extremo Oriente.

Sin embargo, Lita todavía no se ha casado y no sólo es esto lo peor, sino que ni siquiera lleva camino de casarse

No tiene novio; mejor dicho, no ha querido tenerlo. Se le han declarado hombres de todas las latitudes del globo; ha tenido a sus pies, gimoteando: artistas, millonarios, duques arruinados, poetas, campeones de fútbol y operarios de la «Metro Golvin Mayer».

A todos les ha escuchado sonriente, les ha dado un cigarrillo egipcio y los ha puesto en la calle con un «No» del tamaño de un acorazado.

Luego, a modo de disculpa, les ha mandado a su criado con un ramo de flores, una tableta de aspirina y una novela de Sixton Blake.

Corrección inglesa. Lita está muy bien educada: Osford Sister and company; 105 libras semanales. (Colegio de la Nobleza.)

La risa de los imbéciles amenaza a Lita. Salgamos en su defensa. Apresurémonos a decir que Lita es de una fisiología normal, tiene los nervios templados, el cerebro en equilibrio y goza de una presión arterial matemáticamente perfecta. Está tan lejos de Freud como de esos partidos de futbol que se celebran en La Coruña. No es, por tanto, un caso patológico, ni una sacerdotisa helénica, ni una desquiciada, es sencillamente: una mujer; una mujer que opina que la felicidad en la tierra, consiste en algo más interesante que vivir para colocar en la alfombra las zapatillas de su marido.

Y una vez demostrada que la constitución interna de Lita es tan perfectamente normal como el pulso de un anticuario; expliquemos algunas de las razones que Lita tiene para huir de la boda; como se huye en Madagascar del pago de las cédulas.

Estaba una vez jugando al tennis en Park Lander, cuando se convenció que aquello era una estupidez, tiró la raqueta y pidió una novela.

Al verla con un libro en las manos, sus amigas la rodearon asustadas.

—¿Qué te ocurre Lita?

—Nada, me voy a entretener un poco leyendo lo que dice este idiota.

El autor estaba a dos pasos. Se creyó ligeramente aludido.

—Señorita, «ese idiota soy yo».

Lita, le tendió cordialmente la mano.

—Encantada de conocerle.

Y era la primera vez en sociedad y en una presentación que decía una cosa sinceramente.

Idiota o no, aquel novelista la interesaba; Lita, intrigó lo indecible para conseguir un rato de conversación con él.

Por fin, en un dancig de noche, pudo.

No había luna.

—¿V. hace novelas, no?

—Sí; por lo menos eso se cree el público.

—Tenía interés en conocerle; sus libros me apasionan.

—Mal hecho; no le gustarán ya. Hasta hace un momento yo conservaba para V una aureola romántica: el prestigio de lo desconocido. V podía imaginarme a su gusto, alto, pálido, arrogante como un príncipe de marfil, o moreno y elástico como un atleta; ahora la realidad me rebaja ante V. sin quererlo. Se ha roto lo más bonito de todo, lo único que valía la pena: la ilusión.

—Queda el encanto de tratarle de cerca.

—Esa intimidad es lo que nos perjudica. Los hombres de letras como los grandes cuadros, no deben mirarse más que a distancia. Nosotros tenemos el secreto en la perspectiva; de lejos es como únicamente se nos puede soportar.

—¿Es eso Kersel?

—No, esto es Balmes: «nadie es grande para su ayuda de cámara.»

Seguía sin aparecer la Luna; en cambio al reflejo de los topacios falsos que llevaba Lita, no cesaban de aparecer camareros.

—¿Qué desean los señores?

Pidieron el whisky con soda, número 1002.

Y en ese momento inició la orquesta un fox lento.

Lita, se animó con la música.

—¿Entonces, qué me aconseja V.?

Y el novelista que no creía en el amor, el novelista que tenía comparado el matrimonio con el bicarbonato, le dió esta respuesta desconcertante:

—Le aconsejo casarse.

—¡Casarme!

Las pupilas verdes de Lita se apagaron con el desencanto como dos farolillos a la veneciana.

Y no obstante, se decidió a hacer la prueba.

Mandó alfombrar la casa con las rimas de Bécquer, sembró las paredes de retratitos cursis y se dispuso a recibir pretendientes, anunciándose antes en la Prensa; era el mismo cartel que colgaba en la puerta de su hotelito:

«Lita Grin Daly: millonaria.

Soportaré declaraciones de amor todos los días de tres a cuatro.»

El primero que acudió a la cita fué un brigadier.

Le habló naturalmente de guerra; le contó las batallas que había ganado y las plazas que había rendido: 1.067.

Lita, prestó una extraña atención a la cifra.

—Son 1.068, brigadier; añada V. una más.

—¿Una más, señora?

—Si, yo me rindo también.

Le reventaba de satisfacción la guerrera.

—¿Por amor?

—No, me rindo de sueño.

Y le señalaba implacable la puerta de la calle.

Recibió inmediatamente después a un financiero (amor entre dos cheques); luego la visitaron sucesivamente: un fabricante de lámparas, un poeta, un licenciado en Farmacia y un enfermo del estómago.

Sobre poco más o menos, todos le expresaron su entusiasmo amoroso por medio de esos berridos articulados que las gramáticas de los países cultos suelen llamar idiomas.

Hasta que Lita, harta de oír gansadas, decidió suspender las consultas.

Retiró el cartel y se encerró a deliberar con su consejo supremo. El consejo supremo de Lita, lo formaban un gato, un cojín de seda y dos figuritas japonesas (made in Hamburgo).

—¿Debo casarme? ¿Qué os parecen los hombres?

El gato, el cojín de seda y las figuritas japonesas (made in Hamburgo) declararon por unanimidad que los hombres eran terriblemente idiotas.

Lita, asintió sin concederles demasiada importancia.

En realidad estaba un poco cansada y tenía sueño.

Hacia una noche espléndida, las estrellas tenían una misteriosa palpitación azul.

Y estaba la Luna, sí, pero era preferible dormir.

Apagó la luz y abrió la ventana.

Antes de acostarse, sin pena ni desprecio, tiró un libro al jardín.

Era la última «novela rosa» de su vida.

Francisco GÓMEZ DE TRAVECEDO

LORD KELISN Y YO

I

Tenía en sus manos como un temblor impreciso de algas y corales aéreos. Una lejanía misteriosa en las pupilas grises, desvaídas, hechas a las grandes emociones marineras. Y una frente suave, de predestinado, cautiva en el tedio wildeano, olvidado sólo en el difícil paraíso artesiano de los mástiles ágiles y enhiestos, de las jarcias de ensueño, de los pequeños timones bailarines.

Todo su misterio nimbado de rubio y de recuerdos, se dobla sobre sus mascarones de proa, entresacados de la mitología nórdica, empapada de wikingos y de niebla.

A cada golpe hábil de gubía, surgía en el taller un mundo, a la vez bronco y enfermizo, contraído en ceños maldicientes o dilatado en sonrisas faunescas y burlonas de potestades submarinas.

Y él, en medio de las volutas de maderas olorosas, enervantes, parecía olvidar la imposible cacería de horizontes, el ulular de las caracolas oceánicas.

Los chicos, al salir de la escuela, queríamos también olvidar la conjugación de los verbos irregulares y la terrible teoría de los números primos, colgados, precozmente, como maldición, sobre el umbral de nuestros lunes.

Entonces íbamos a la tienda del «inglés», porque las gentes de los puertos se habían empeñado, acertando esta vez, en que aquel hombre, raro y huidizo no podía ser otra cosa que un inglés.

A nosotros, todo ésto nos tenía sin cuidado; pero nos embargaba la curiosidad, injerta en el temor: la eterna floración de los once años.

El «inglés» tenía su taller en el fondo de los soportales de la rúa Vieja. La luz se quebraba en los arcos de piedra, verdeantes de musgo, restándole, posiblemente, toda la luz de la mañana. No parecía sentirlo, en absoluto, y ahora me doy cuenta de que así trabajaba más a gusto, sumergido en la grasa angustiosa de las sombras, como un condenado por la cólera bíblica.

Los golpes ténues de su herramienta, se mezclaban al perfume exótico y voluptuoso de las maderas ultramarinas, al olor denso y salino del pescado, al rumor de la marea contra las escalinatas de los muelles.

De vez en cuando, salía del fondo de la estancia como una concreción de las tinieblas, y avizoraba el horizonte con su catalejo donde fracasaba el sol.

Una viñeta desvaída. Al cabo de los treinta años, arrimado al costado de la vida como una vieja goleta insensible, creo haber comprendido a aquel hombre. Creo también, en la piedad infinita de Dios, tan presente en el primer potentado del mundo, como en la última amiba desnuda. Y me consuelo pensando que todos los lord Kelisn que haya en el mundo le encontrarán al final de su camino. ¡Así sea, Dios mío!

Y ahora seguiremos sin incisos, sin divagaciones, volviendo las páginas de mi cuaderno de Pitágora...

Ibamos a su taller—decía—, y decía mal. Ibamos a la puerta de su taller, y nos asomábamos cautelosamente a su ventana, mientras se rizaba nuestra piel por la cercanía voluptuosa del peligro.

Cuando oíamos el sonido de los torpes zapatones marineros, o el paso, leve, huidizo, de las vendedoras, adoptábamos un aire pasmado, indiferente, y luego volvíamos a nuestro acecho, temeroso, brincándonos dentro el corazón como un ratoncillo harto de queso.

Él se dió cuenta, y un día en que yo iba solo, salió bruscamente y me hizo pasar aquella puerta quejumbrosa.

Nunca he vivido tan intensamente, tan dolorosamente como en esos días. (De un golpe se me amontona en el cerebro el pasado, acuciándome con voces que creía ya dormidas).

Para mí, el taller del inglés ya no tuvo secretos. El único secreto era él con su pelo rubio y suelto, empapado de sal ante los crepúsculos picoteados de gabiotas.

Hablaba poco, y su castellano era para mí como la primera avanzadilla de su misterio. Yo luego he meditado sobre esto, como ahora, largamente, buceando hasta las profundas lejanías de mis años de escuela.

Revivo la impresión indefinible de sus frases aceradas. La vibración satánica de sus palabras, que flotaban en el aire, casi sin desintegrarse. La cadencia de su música negativa; de esas músicas que deben acompañar a las misas negras en el momento culminante del sacrilegio y la blasfemia.

Y sin embargo, sufría en medio de mi gozo y gozaba plenamente, en medio de mi dolor.

Me encantaban las curvas femeniles de las goletas, de las fragatas, las arboladuras de ensueño y de leyenda; y me horrorizaba ante aquellos mascarones oscuros que me sonreían en los rincones. Me alimentaba, en suma, de paraísos artificiales.

Aprendí fácilmente, los principios elementales de cartografía, la medida zarabanda de los vientos. Tritones. Oceanidas. La mitología sin par de las profundidades.

El inglés sonreía levemente, y a mí me parecía entonces, que se destapaba un viejo tarro de esencias olvidadas.

Un solo día al mes, no tenía entrada en mi mundo de ensueños. Aquel día permanecían cerradas las ventanas: y los marineros, las vendedoras y los trabajadores de los puertos, cambiaban entre sí miradas indefinibles.

Coincidió cabal, indefectiblemente con los días 24 de cada mes.

Al abrirse de nuevo las ventanas y entrar el aire yodado, el chirrido de las aves marinas, el rumor de las cabrias y la marea, el inglés parecía despertar de su sueño largo de internada. Solía destapar un frasco de tonalidades inavorosímiles y bebía largamente, con una enorme hinchazón de su garganta.

Hablaba con vehemencia y me cogía del brazo, diciéndome:

—Tonio, ella ha venido. ¡Ha venido, Tonio; ha venido!...

¿A quién se refería? A mi malicia infantil, baqueteada en los bancos escolares no se le escapaban ya las obscuras aventuras de los puertos, la farsa amorosa

con que los marineros de las «vaquitas» y los «bous» se desquitaban de las largas abstenciones.

Y *allí* no podía haber ido una mujer de aquéllas. Sin saber por qué, ésto me constaba absolutamente. ¿Y entonces?...

Nada hay tan angustioso, tan dramático, como la adolescencia de los seres sensibles.

Es cuando las noches aparecen eternamente largas, y se temen y se ansían en el declinar cálido y espeso de las tardes veraniegas. Cuando, precisamente, nos sentimos más cargados de trascendencia. Cuando la vida nos llama, diciéndonos, suave:

—¡Eh, tú; incorpórate, salta, vive, ama.

Sólo que algunas veces no la entendemos.

De tarde en tarde llegaban al taller del inglés nuevas remesas de sus proveedores, repartidos por toda la geografía.

Llegaban maderas riquísimas. Líquidos ambarinos, densos, opacos. Abanicos orientales como banderolas de la edad medioeval. Idolillos. Sedas. Todo se repartía por el taller con la difícil sencillez del artista.

Y ni una carta. Ni un mensaje unido a los envíos.

Otro día 24. Y naturalmente, las ventanas cerradas bajo los soportales olorosos a marisco.

II

Tenía próximamente quince años cuando perdí de vista, al trasladarse mi familia tierra adentro, la figura pálida y atormentada de lord Kelisn.

Fué como si saliera de una enfermedad. Recobré los colores, el apetito, la inconsciencia alegre y decidida de mis mejores tiempos. Y en mi casa, mis padres benditos achacaron mis rarezas pasadas a una crisis, felizmente superada de esas en que es tan pródigo el paso de la niñez a la pubertad.

¡Felizmente superada. Ahora es cuando comprendo que siempre fui un juguete de aquel hombre. ¿Qué veneno sutil inyectó en las venas de mis once años? ¿Qué canción demoniaca sobre la promesa de mi vida, impulsándome al eterno camino, al mar sin descanso?

Alguien ha seguido mi vida como una sombra hasta detenerse en el umbral de mis años maduros. Alguien me ha visto cruzar el Atlántico, comerciar en las islas, embriagarme de misterio y de Trópico bajo el palpitar azulenco de los luceros, flotar en renunciamientos desesperados como las medusas y las noctí-lucas submarinas.

—¡Señor, Señor, no me abandones. Hazme ciego como un átomo, resignado como un átomo!

Sé ahora, que ha sido él con su sonrisa androgina, de esfinge.

Los albaceas de lord Kelisn, dieron conmigo en un tugurio infecto de los Mares del Sur.

Una carta lacrada con las armas del lord, larga y suave como sus manos, que acariciaron mis sienes temblorosas.

«Antonio: Soy lord Kelisn que vuelve a tí. Lord Kelisn, que duerme para el mundo, la plenitud de su sueño, en un nicho, taladrado en la dura roca de un acantilado de Escocia. Tú serás lord Kelisn. Tú serás lord Kelisn... y la verás. Te seguirán conociendo como Antonio. Te dirán: Antonio, ésto o aquéllo. Y tú te reirás bajo, muy bajito, con una risa que hará correr el frío por las espaldas. Qué bella y qué eterna, ¿verdad? Tú solo adivinaste su presencia indirecta, y por eso ella acudirá a tí, como acudió a mi llamada, como hace siglos y siglos que acude a las almas marchitas. Ahí tienes el secreto de mis días 24. ¡Y los necios—nunca tan necios—creían en aventurillas amorosas de a dos reales, en estúpidas estafas sentimentales!

Ella. Ella. Ella. Fantasma de niebla o de humo para los demás, pero real y exacta, idéntica solo a sí misma, idéntica al ideal ambicionado, incapaz de traición, de deslealtad, para mí...

Abre el cuaderno que te adjunto. Una traducción del persa, hecha por mí. Pon atención a la invocación primera: ¡Zoroastro, a tí!... ¡Y la tendrás!»

Me preparo, pues, a traspasar los linderos de ese «paraíso tenebroso». Sé que algún día, estas páginas serán arrojadas al fuego por una mano piadosa, en un ambiente expiatorio de luces y aromas devotos. Sin embargo, alguien sabrá llegar hasta el fondo del atroz misterio.

J u a n M I R A N D A

Mientras una asociación cualquiera, no sea capaz de producir una obra de Arte por sufragio, habrá que creer en el genio individual, dominador y poderoso siempre.

(BENAVENTE. *Figulinas.*)

Ayuntamiento de Madrid



HOMENAJE EN MADRID AL POETA ADRIANO DEL VALLE

Recientemente fué homenajeado en la capital de España, nuestro querido amigo y colaborador el poeta Adriano del Valle. Los muchos amigos con que cuenta en Madrid, han querido exaltar así antiguas y magníficas virtudes poéticas del autor de «Lyra Sacra». No podíamos pasar en silencio motivo tan alegre para nosotros, y hoy recogemos aquí algunas impresiones del acto.

Fué celebrado en «El Púlpito», magnífica hostería de la Plaza Mayor madrileña, en el centro mismo de España, dentro de una cordialidad que supone mucho en esta nueva hora de reanudación de la vida literaria española. Asistieron altas jerarquías del Partido: José María Alfaro, Dionisio Ridruejo,

Delegado Nacional de Propaganda; Murlane Michelena, Eugenio D'Ors, Lloset, Diego Romero, Mercedes Formica, Joseffna de la Torre, Sebastián Souvirón, representante del Ministro Sr. Gamero del Castillo, y numerosas personalidades más, leyéndose adhesiones de toda España: diarios, revistas, editoriales y escritores.

La fiesta resultó solemnísimas. Se pronunciaron discursos en honor del poeta andaluz, que durante su vida toda ha mantenido y mantiene su alto y elevado rango poético, dentro de una pureza absoluta y al servicio íntegro de la Belleza.

Eugenio D'Ors pronunció una charla en derredor de la vida literaria de Adriano del Valle, llena toda de amenísimas y originales sugerencias muy suyas. Recordó la profecía que hiciera en 1922, cuando afirmó que el poeta llegaría a una altura magnífica dentro de la Poesía española. Tuvo frases calurosísimas para su Obra, que analizó con todo detenimiento.

Dionisio Ridruejo, gran orador y uno de los auténticos sonetistas españoles, habló con el calor y la fina elocuencia acostumbrada.

Intervinieron luego Eduardo Lloset, director de la revista «Mediodía», Diego Romero y otros. El acto, como apuntábamos al principio, fué muy cordial y señala una nueva hora literaria en España, con arreglo a los modos del nuevo estilo y la honda camaradería nacional nacida al calor de la guerra.

Al final y requerido insistentemente por el selecto grupo, Adriano del Valle dió lectura a sus romances de «Lyra Sacra», unánimemente elogiados y aplaudidos.

Por ser algo tan nuestro, y hallarse vinculado tan inseparablemente a nuestra Revista, hemos querido—siquiera sea con unas breves líneas—recoger tan simpática prueba de la unidad que existe entre los escritores españoles.

Adriano del Valle ha colaborado en nuestra revista casi desde su misma aparición y en nuestras páginas queda recogida una gran parte de su obra poética.

Queremos cerrar esta noticia, que nos llena de íntima alegría, con unas palabras de Eduardo Lloset, extractadas del trabajo leído en su honor: «Dei brazo de la poesía toda la vida, Adriano no tuvo indecisión al escoger oficio. Se hizo resueltamente vendedor de maquinaria agrícola, que es un oficio de poeta. De este modo logra agenciar a sus colegas, los labradores, la escribanía de acero que hace crecer sobre las besanas los más rotundos endecasílabos».

Nuestra cordial enhorabuena y un abrazo fidelísimo.

LINA TAGORE

El gran lírico español Gustavo Adolfo definió bien el temperamento femenino al decir a una mujer:

«¡Poesía eres tú!»

Con lo cual parece indicar que poesía se confunde con mujer y mujer con poesía. El verso inspirado no puede brotar en mejor jardín que en el corazón femenino. España contó siempre con una lista magnífica de inspiradas poetisas, desde *La Lalina* a Lina Tagore, pasando por Santa Teresa y Concha Espina, por no citar más lirás del parnaso ibérico.

Lina Tagore es una poetisa excelsa, digna de toda alabanza, cuya «Lira de Sol y de Piedra» acaban de dar a los escaparates las cuidadas *Ediciones Reconquista*. «Lina Tagore» es el pseudónimo que usa una altísima poetisa castellana, con residencia en Valladolid. Su obra lírica, callada y fecunda, había permanecido inédita hasta el presente, pues el maestro Alonso Cortés, que prologa el tomo, dice que «algunas lecturas públicas, algunas composiciones sueltas en periódicos y revistas era lo único que permitía juzgarla».

«Lira de Sol y de Piedra» encierra un sentimiento inmenso, pues se trata de un ánfora reciamente tallada en la cantera de la vida con el buril del ensueño.

Es una lira

*«tendida entre risco y páramo,
que tiene cuerdas de sol
y voces de acento bárbaro.»*

Bárbaro en el sentido de puro y primitivo, no de incivil e inculto. Su voz poética es recia; pero va transida de sentimientos hondos y hasta de cadencias tenues como el murmullo de la brisa. Vedlo sino:

*«Para tí, mi amor de siempre,
marino en mares de invierno;
para tí, mi amor, que tiene
corolas de lirios nuevos
y pasionarias prendidas
en las yemas de mis dedos.»*

Otras veces se hace viril la voz y heroico el acento:

*«Los guerreros castellanos
suman rutas de epopeya.
¡Bienhayan tan claros números
que saldan tan limpias cuentas!
Los leones castellanos
caminan hacia la meta,
bajo un orto de timbales
y un lubricán de trompetas.»*

Ayuntamiento de Madrid

Y en otras:

*«Se oyen en el claro día
tenues rumores sin eco.
La novia del falangista
en un bastidor de hielo,
borda suspiros azules
sobre rasos nazarenos,
recordando aquel ¡adios!
en que sus bocas se unieron.»*

Como vemos por las muestras transcritas y por otras diversas que podríamos dar, Lina Tagore es una poetisa de temas variados y maravillosa inspiración, perfecta en la forma y honda en el latido, lejos de toda nimiedad sensiblera, tan del gusto de otras escritoras.

Con «Lira de Sol y de Piedra», tras el volumen magnífico de Manuel Machado, se incorpora a la lírica nacional contemporánea uno de sus más altos y auténticos valores femeninos.

E n r i q u e D E A T A R F E

PURA

Te sueño así, deshecha
en la quietud del cielo,
con el atardecer eternizado
entre la transparencia de tus dedos.

Te sueño así, serena,
hundida en el silencio,
y más arriba de la baraúnda
que perturba la paz de mis ensueños...

Yo te sueño con una cruz de sangre
dibujada en el pecho,
y una amarga sonrisa
entre los labios trémulos.

Y te sueño, de frente al sacrificio,
aguardarlo sin miedo,
los ojos hacia Dios, y con los brazos
abiertos a mi encuentro.

Te sueño así porque esa imagen tuya
la llevo aquí, muy dentro,
¡y sólo así concibo tu imposible
en lo invencible de mi sufrimiento!

Jesús ALONSO Y ALONSO

Ayuntamiento de Madrid

En recuerdo de un poeta

Cabalga el puentecillo sobre el lomo de un riachuelo que entrega sus aguas al Miño, bordeando el castro en cuya cima se agrupa el caserío presidido por el carcomido torreón del castillo en ruinas. En la falda del promontorio, flanqueando el puente a ambos costados, media docena de casas. Una de ellas, al arrimo del camino que asciende en fuerte pendiente hacia la cumbre, señalase por su amplio portón claveteado.

Posaba en esta casa un poeta en las vacaciones estivales, cuando llegaba de Oviedo para hacer un descanso de sus fatigosos estudios, cambiando las disciplinas pedagógicas por los afanes literarios, y, cuando, después, llegaba en largo viaje de Madrid, donde cursaba la Filosofía y las Letras.

Por las ventanas de la larga sala, que caían sobre el riachuelo y sobre el huerto sombreado de árboles y arbustos, entraba el murmullo de las aguas y el aroma campestre de las flores. Por un descampado, alcanzábase el ancho panorama de la vega, cuyo fondo se decora con los castros lucenses a la redonda.

Aún en su segunda adolescencia, publicó el poeta su primer libro, *Triángulo isósceles*, versos extraños de una adolescencia inquieta y ya demasiado sabia en sentimientos y meditaciones, y diestra en el rimar acorde con las palabras quimeras y experiencias del mundo. A esta obra inicial siguió el *Alba del Quechemerix*; versos de mejor juicio y más decantados por los años, las lecturas y los reposados pensamientos. En ellos está el paisaje vivido por el poeta, con sus rumores campesinos, sus cantos y sus danzas.

Enjuto y espigado, en el rostro fino y fuerte a la vez el misterio de los ojos profundos e inquietos, y sobre ellos, una cabeza en la que cabían lenguas clásicas y modernas, letras y artes y filosofías. Muy lejos, no obstante, de la seca erudición y de la hurañez, placíale el trato con los buenos amigos y el diálogo sentimental con las musas de carne mortal que le inspiraron muchos versos. Sólo rechazaba la frivolidad y los nimios entretenimientos, porque era alegre y cordial su corazón, y noble y profunda su mente.

En los años de Oviedo tuvo frecuente relación y amistad con algunos condiscípulos en las tareas del Magisterio. ¿Y cómo él, que era tan bueno, podría esperar que la envidia, en cuyos antros se forjan los más horrendos pensamientos y los crímenes más feroces, había de empujarle a la sima de la muerte? Fué uno de aquellos condiscípulos, canalla empedernido, el Judas que le vendió; y una noche del mes de Noviembre del 1936, las hordas que en Madrid tenían campo libre para todas las crueldades, acabó con esta vida juvenil de veinticuatro años, paralizó aquel corazón de noble latido y apagó aquella inteligencia privilegiada. Perdió en él España un espíritu prócer que hubiera enriquecido en alto precio el espléndido caudal de nuestra cultura.

En Castro de Rey, provincia de Lugo, en la iglesia parroquial de Santa Leocadia, se celebraron un día funerales por el alma de Francisco Vega Ceide, conocido en sus libros por *Francisco de Fientosa*. Todo el pueblo acudió con fervor a la ceremonia, y de comarcas lejanas llegaron muchos amigos a rendir tributo de afecto y de admiración a este claro varón y alto poeta.

J o s é S A N Z Y D Í A Z

EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo

He relatado, quizás con excesivo lujo de detalles, lo más interesante de la vida mundana de Coloma; pero lo he hecho a propio intento, dejando hablar más de las veces al padre, y otras siguiendo a orilla de sus narraciones, para dar la mayor intensidad posible y el mejor color de naturalidad a su persona, y con la finalidad de llegar paso a paso, como consecuencia lógica, a esta pregunta, que seguramente vosotros os la estáis haciendo en este momento. ¿Qué más podía desear el joven abogado, literato y político, que el brillante porvenir que le ofrecían, cualquiera de estos tres caminos, donde había puesto, en cada uno, tan sólidos y firmes cimientos?

Como hombre de leyes, figuraba por aquel año inscrito en el Colegio de Abogados de Sevilla y como pasante del muy acreditado D. Hilarión Pina. Como político ya hemos narrado sus éxitos y como literato había saboreado los mejores halagos de la diosa Clío y del dios Apolo. Además de aquella obra amañada de «Todos lloran», que he tenido el gusto de leer, tal como la escribió el revoltoso Luis, con ese santo temor que inspira las reliquias, con ese cariño que se tiene para aquellos manuscritos, donde los años han dejado huella, apagando la tinta y amarilleando el papel, tan gratos como los buenos recuerdos; publicó en la «Biblioteca de la Familia Cristiana» «Solaces de un Estudiante». «Juan Miseria», que apareció en «El Tiempo». «La Batalla de los Cueros», que vio la luz publica en el periódico isabelino «El Porvenir de Jerez». «Caín y Don Juan Botija» y numerosos artículos, de los cuales he podido encontrar hasta hoy los titulados «Un corazón que despierta» y «¡Paz a los muertos!», en una revista llamada «Semanario Católico», que se editaba en la imprenta de «El Guadalete», bajo la dirección de D. Tomás Bueno, por el año de 1870.

Cualquiera de estas novelitas cortas o de ese ingenioso cuento llamado «Don Juan Botija», parecido a una comedia de enredos, bastaría por sí solo para estimular el espíritu más apocado y dudoso de su propio valer.

«Todos lloran» es, desde luego, el trabajo de un niño, con grandes imperfecciones de estilo. Tiene el mal gusto de recoger dichos y refranes del pueblo un poco incorrectos, pero hay en la obra bocetos dibujados de una manera admirable y domina en tal grado la nota sentimental, que se comprende fácilmente que escritores como Fernán Caballero y Gertrudis Gómez de Abellaneda, al leerla, se interesaran por el autor. Párrafos enteros de la obra, con ligeras modificaciones, los encontramos después en las novelas hermanas «Juan Miseria» y «Caín».

¿No son, por ventura, estas dos obras, «Juan Miseria» y «Caín», la fácil explicación de un raro talento? ¿No se reflejan en ellas el donaire y la lozanía de su juventud? ¿Aquellos dichos del pueblo que recoge en «Todos lloran», como materia prima de sus composiciones, no vuelven a aparecer aquí, para ya escogidos entre los de más fina y peculiar gracia? ¿La observación del escritor no se ajusta a la realidad, vista y sentida por él, durante los movimientos revolucionarios que sacudieron a Jerez, como a todas las aldeas y ciudades de España desde Septiembre del 68?

Indudablemente, Luis Coloma, hombre de sociedad, autor de «Juan Miseria», «Caín», «La Batalla de los Cueros», «Solaces de un Estudiante», se presentaría a sí mismo que llegaría a ser aquel otro Coloma que diez años después desde «El Mensajero del Corazón de Jesús», publica tanto cuento para niño, tanto látigo para hombres y mujeres y tanta historia divinizada. La noble erudición que simboliza su negro talar, las duras reglas a que sometió su es-

píritu y su conducta, no cambia la lozanía de sus pinceles, ni palidece el fresco de sus colores. Dibuja como antes las costumbres y la gracia. Su pensar, naturalmente, es más profundo, producto de sus estudios y de la madurez de su genio, pero se podría afirmar, que si el padre se hubiera quedado en padre, y no de alma, hubiera escrito de la misma manera.

¿Por qué de pronto cambió el rumbo de su vida? ¿Por qué abandonó el siglo? ¿No le era simpático el elevado medio, cuyo elegante trato social le había rodeado desde la cuna...?

Mucho se ha hablado de la vocación religiosa de Coloma. Los más no se explican aún la natural transición. Del misterio y del romanticismo se quiere rodear a toda persona de letra y era natural que nuestro religioso tuviera su leyenda. Si no hubiera escrito «Pequeñeces» quizás no interesaría tanto su vocación, pero escrita «Pequeñeces», y por un jesuita, los que se creyeron heridos por la saeta, indagaron qué motivo, qué conocimiento tenía aquel humilde sacerdote para hablar de la clase más elevada de la sociedad de una manera tan llana y tan profunda.

Y se encontraron con que el autor—permítaseme la frase gráfica—había sido cocinero antes que fraile. Desviaron entonces sus investigaciones para hallar la causa que había hecho al hombre de mundo refugiarse en la orden más estrecha y severa, donde pudiera encontrar asilo su alma constricta.

Y es el caso, que estando una tarde en el cuarto de su casa de huéspedes, que nos es conocido, limpiando un arma, se le disparó un tiro y le hirió en el pecho por debajo de los pulmones.

Un hecho casual—comentan los escépticos y como quien dice un secreto, murmuran bajo,—la casualidad de un duelo.

¿Un duelo! ¿Y dónde fué ese duelo? ¿Entre la oscuridad de la noche? ¿En el silencio profundo de una cueva? ¿En un sitio lejano, donde pululan y viven los dioses de la mitología griega? Porque hasta ahora nadie dijo el nombre, ni el sitio, ni el motivo y no creo que suceso tan comentado no haya encontrado todavía la persona que lo delate.

Sus amigos, los primeros conocedores del triste suceso, los únicos que tienen la garantía de verdad cuanto a esta narración se refieren, cuentan que aquella tarde habían almorzado en el hotel que hoy ocupa el de «Inglaterra», en la plaza de San Fernando, de Sevilla, el finado Marqués de Casa Pavón, con su hijo, también fallecido, y que llevó el mismo ilustre título, D. Manuel de Bertemati y nuestro biografiado, que después de concluido el almuerzo y de haberse separado cada cual a sus quehaceres, no hacía más de una hora llegó a la habitación del que fué luego Marqués de Fiel Pérez Calixto, un mozo del hotel para decirle de parte del de Casa Pavón que le esperaba para ir a casa de Coloma que estaba gravemente herido. Corrieron los amigos a la casa de huéspedes y la patrona aún no repuesta de la emoción que le había causado al escuchar el tiro, y ver el cuerpo ensangrentado de Luis, les refirió que por un lamentable descuido había dejado una bala en el revólver y que las otras estaban sobre la mesa. Por indicación del herido los había llamado, al mismo tiempo que al confesor y al médico, y que el médico consideraba la herida tan grave que le daba de vida dos horas, no más. Esta es la verdad del suceso. Primeramente porque lo cuentan así las fuentes de origen, de donde sale la Historia, y luego porque es la explicación más verosímil, la más sencilla, la que mejor se ajusta a la realidad. Nadie entró en el cuarto de Coloma, y nadie, a no ser con malévolos intención, pondrá en duda la solidez de sus principios religiosos.

Ya lo hemos visto, cuando tendría unos catorce años, traduciendo, copiando e inventando sobre aquel folletín encontrado en el cuarto oscuro, volviendo los ateos en cristianos. Después nos lo encontramos de secretario en la Asociación de Católicos de Sevilla; más tarde trabaja por la restauración, para que a la vuelta al trono de Alfonso XII volvieran la paz a las conciencias, y por último refleja su espíritu en «Juan Miseria»; la obra de un misionero católico más convencido no se demuestra después, cuando viste los respetables hábitos.

¿Y esto fué porque tuvo siempre vocación religiosa? Caminaba en la vida de Luis su voca-

ción, sin darse cuenta de ella, como nosotros trabajamos ensimismados en nuestros pensamientos sin oír el ruido de la calle, ni ver lo que sucede en nuestro alrededor; pero nos basta que nos llame una voz querida para que nuestra atención varíe y quizás a Luis le bastó aquella llamada que le puso a las puertas de la muerte para que apreciara las cosas de distinta manera. El dice: «si mi pasado me disgustaba era porque me herían las espinas». Y puede ser que en estas sencillas frases encontremos la verdad que vamos buscando.

Fijáos que Coloma dió a sus novelas títulos modestos: «Pequeñeces», «Maledicencias», «Por un piojo», «Polvos y lodos», «La Gorriona», y recordad que tras esos títulos, insignificantes si queréis, existe cruda y rudísima censura, precisamente contra ciertas personas de aquella sociedad en la que vivió toda la vida. Fijáos en sus historias noveladas, que cualquier autor historiador más cuidadoso del éxito de librería hubiera aprovechado para sus títulos los nombres prestigiosos y populares de Juan de Austria y del Cardenal Cisneros; él, nó; los cambia, según su costumbre, por otros más simpáticos, más familiares y más desconocidos: Jeromín y Fray Francisco.

Pues de la misma manera a las heridas que le causaron su pasado les llama «heridas de espinas», lisa y llanamente, sin agregar comentario alguno, sin extenderse en otras consideraciones que probasen la amargura de su desengaño. No fueron las espinas las que causaron el gran dolor de Cristo, fué la condición humana que tiende a hacer menoscabo y burla de sus doctrinas. Las heridas de Coloma no las causarían sus contrarios; contra ellos, enemigos declarados, tenía voluntad para combatirlos; las heridas vendrían, precisamente, de algunos de sus amigos, de los nombres que le serían familiares, de aquellas personas que tienen en sus labios a Dios para disimular sus devaneos, o quizás de la grandeza del ambiente, y triste piensa en su destino, entre claudicar por la postura acomodaticia, o someterse a la disciplina de su espíritu, para hacerlo más fuerte y más viril, y pensando en esto último y tocado de la luz divina, va recorriendo las suaves moradas de Santa Teresa de Jesús, que conduce al camino de perfección, va haciendo pedrusco de su carne, insensibilizándola, como cosa yerta e inerte, para dejarla con su madre, la tierra, mientras su alma, sometida a las duras pruebas de los ejercicios espirituales de San Ignacio, vuela a las puras regiones.

Apenas había comenzado a extender sus alas, cuando recibe un mensaje de la mujer amada, de la de sus tiernos ideales, impulsada por el dolor de la madre que acude en súplica, concedora de la autoridad que sobre su hijo posee. Lucha el sentimiento con todos sus amores terrenales contra la razón que no quiere descender de su región plácida y serena y contesta al mensaje con la página mejor que escribió Coloma en su vida. No puede decirse que es un lamento, ni una censura, ni una triste desolación, ni un desengaño sufrido de persona determinada. No es nada de eso, es una página escrita por la razón, donde nadie manda más que la razón, y donde no hay otra solución que la que la razón dicta. Puede llamarse la vocación religiosa de Coloma vocación de razón y no vocación de sentimiento.

El 5 de Octubre de 1874 salió para el Château de Poyanne, donde los jesuitas castellanos desterrados de España habían establecido un noviciado, recordando como Santa Teresa: «Cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí».

Y a medida que marcha hacia la frontera, su cuerpo enflaquece, su barba se estira, su nariz tiende a asemejarse en lo afilada y recta a la de los muertos. sus pómulos se absorben, su mirada, centelleante y viva, se amortigua, se entristece y se fija hacia una invariable dirección, y sus años se amontonan de golpe sobre sus veintitrés; sólo su frente, espaciosa y clara, refleja dulzura y serenidad.

M a n u e l C H A C Ó N S Á N C H E Z

Antena Literaria

CRÓNICA INTERNACIONAL

De New York sale una nueva importante producción de carácter hispanoamericano, que los editores de libros de referencia, Wilson Company, han preparado. Esta producción está en tres series; pero las más notables son la primera y la tercera. Incluyen aquélla, libros como: «Histories and Historians of Hispanic América», «The National Archives of Latin América»; «Bibliography of Spanish American Folklore», y otro, de carácter heráldico, con el título de «Spanish Personal Names», con detalles curiosos sobre su etimología y uso.

En la tercera serie se halla un volumen de referencia, en el que se encuentran datos sobre los autores de las naciones hispanoamericanas. Titúlase: «A Reference Index to 12,000 Spanish American Authors». Otros libros de interés, son la Guía Anual titulada «South American Handbook», que acaba de aparecer; y un Glosario de términos y frases relativos a las actividades bibliológicas, con los peculiares usos de determinadas localidades. Está escrito en inglés y en español.

La Federación de Industrias Británicas, radicada en Londres, acaba de lanzar un comprensivo Registro de toda clase de manufactureros británicos. Contiene, como introducción, una curiosa miscelánea, en la que se incluye hasta poesía. Es un sólido volumen, y las materias están claramente clasificadas, por orden de productor y de producto, firmas industriales, sucursales, capacidad de rendimiento, marcas, etc. Es de utilidad para los interesados en el movimiento industrial y comercial de la Gran Bretaña.

De entre la última producción de la Librería Internacional de San Sebastián, se destaca una erudita serie de ensayos sobre la historia de España, desde sus orígenes, en un tomo titulado: «España es mi Madre», por Enrique Herrera. El autor ha tratado de redactarlos en la forma más simple, aparentemente; pero en algunos capítulos, su didáctica sobrepasa su historiografía. Contiene numerosas ilustraciones y abarca todas las etapas históricas, aunque se detiene más en determinados hechos de la Historia.

Otras obras que acaba de publicar esta editorial tienen tendencia a la apologética, pero una apologética moderna. Los dos libros más importantes de esta clase, son: «El Joven del Porvenir» y «El Joven Creyente», ambos por el eminente sociólogo Dr. Tihamér Toth, especializado en esta clase de tratados. Podría añadirse otro del escritor Nicolás Marín Negueruela, titulado: «Lecciones de Apologética», y el del Dr. Eugenio Beitia, «Apostolado de los Seglares».

Un volumen informativo sobre los países del Continente americano, es el que publica Thomas Skinner, de Londres y Nueva York, con el título de: «The West Indies Year Book». Aunque dedica su mayor extensión a las Indias Occidentales de habla inglesa, tiene, sin embargo, referencias de utilidad sobre otros territorios, relativas a las diferentes actividades educacionales, industriales, sociales, etc. Tiene capítulos especiales para la Guayana Británica, Honduras, las Bahamas y las Bermudas.

La Editorial Macmillan, de Londres, acaba de presentar «Spanish Prisoner», por Peter Elstob, que es una relación de las experiencias que el autor tuvo en España, primero como miembro de las brigadas internacionales, y después como encarcelado por los que le supusieron espía. Los peligros y las privaciones de la prisión, están descritos con emotividad. Otra obra, aún de más actualidad, es «The Eleventh Hour», en la que se hace la historia de la política europea durante los últimos veinte años.

Los Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, de Cádiz, editan dos obras de interés, titulada una, «Comunismo Incáico», y la otra, «Roma». Aquélla es un curioso estudio de la civilización de los Incas, desde el punto de vista social, con mezcla de historia y de filosofía. Aquella supuesta maravillosa organización de Manco Capao y de su hermana, se analiza más bien desde el punto de vista moral, y se arroja luz sobre algunos aspectos, que hasta ahora parecían inexplicables.

El otro libro, «Roma», con alarde tipográfico, y conteniendo numerosas fotografías artísticas, es una digresión filosófico-histórica, así como una relación de impresiones recibidas en la gran ciudad. El autor recoge los ecos de las civilizaciones pasadas, y los traspone a la época presente, en una forma altamente literaria. También dedica una buena parte a las actividades presentes de la capital italiana, con todo el enjambre de las nuevas organizaciones políticas, militares y sociales.

La Editorial Herbert Jenkins, de Londres, publica un libro sobre las islas del Atlántico occidental, en la que se mezclan los bucaneros, los indios y los conquistadores, en una maraña novelesca. En cuanto a historia, deja algo que desear, y esto puede excusar a su autora, la novelista inglesa Rosita Forbes, teniendo en cuenta que escribe tanto y tan de prisa. Hay hallazgos de tesoros fantásticos y hazañas de mujeres piratas. Lo más interesante es la descripción objetiva de las islas y de sus habitantes.

Mrs. Beatrice Steuart Eskine, distinguida escritora inglesa, que ha publicado más de una docena de libros de biografía, viaje y drama, tiene casi terminada una obra que constituirá un eslabón más en la cadena de las relaciones anglo-hispanoamericanas. Se titulará «Portrait of Argentine», y será una recopilación de las emociones latentes en el arte y en las letras de Hispanoamérica, con especial referencia a la República Argentina; Mrs. Erskine tiene títulos sobrados para un trabajo tan importante y representativo.

«A Hear for the Gods of Mexico», es una divagación, en forma novelada, en una prosa vivamente descriptiva, de un viaje que su autor, Conrad Aiken, hizo desde Nueva York a la ciudad de Méjico. Lo edita la Casa Martín Secker, de Londres. Todas las regiones que atravesó en su viaje, las estudia, no simplemente desde el punto de vista pintoresco, sino ahondando en la psicología del pueblo, cuyos datos parece haber llevado consigo anticipadamente.

J. UGIDOS

(Servicio exclusivo para «CAUCES», del «Anglo-Spanish Press Bureau», de Londres.)

CENTRO DE CULTURA SUPERIOR FEMENINA

EL CENTRO DE CULTURA SUPERIOR FEMENINA, fundado en Madrid con la bendición del Santo Padre y bajo la tutela de nuestros Prelados, tiene por fin dar a la mujer una formación cristiana y femenina, juntamente con una amplia «cultura y sólida formación científica», que la capaciten para obtener títulos académicos y ventajas positivas en las diversas orientaciones de la vida.

Es Rector de este Centro el Marqués de Lozoya. Para su dirección técnica tiene una Junta, formada por Catedráticos y Académicos eminentes, que trabajan con gran entusiasmo por el progreso científico y pedagógico de la institución.

Ha obtenido muy brillantes éxitos en los exámenes de la Universidad, Instituto y Escuela de Comercio.

ENSEÑANZAS.—1.º COLABORACIÓN UNIVERSITARIA, ESTUDIOS PARA LAS FACULTADES DE FILOSOFÍA Y LETRAS, CIENCIAS, DERECHO Y FARMACIA.

2.º PREPARACIÓN PARA EL INGRESO EN LA UNIVERSIDAD.

3.º BACHILLERATO, IDIOMAS, COMERCIO, CULTURA GENERAL, CORTE Y CONFECCIÓN.

ALUMNÁS.—Las alumnas pueden ser internas, mediopensionistas y externas. El Centro tiene un hotel destinado a Residencia para Señoritas, con todos los adelantos y confort.

Las alumnas están bajo la tutela moral de la Institución, que las cuida con maternal delicadeza y a más de participar de su ambiente educativo, cuenta con el servicio de Biblioteca, Laboratorios y otras prácticas que les dan una aventajada formación científica.

El Secretariado de la Institución está en Juan Bravo, 28, Hotel, Barrio de Salamanca, Madrid, donde se hermanan la distinción, la higiene y la belleza.

CENTRO DE CULTURA SUPERIOR FEMENINA

Secretariado: Juan Bravo, 28.—MADRID

RESIDENCIA Y BECAS

El Centro de Cultura Superior Femenina tiene un hotel en el hermoso barrio de Salamanca, destinado a Residencia de Señoritas.

Está tuteleda la Residencia por personas de alto valor espiritual, y encuentran en ella las alumnas el ambiente de un hogar cristiano y culto.

El programa de estudios de esta Institución comprende la preparación para las facultades de Filosofía y Letras, Ciencias, Derecho y Farmacia; Bachillerato, Comercio, Idiomas, Cultura General, Corte y Confección.

El Centro concede cierto número de Becas a señoritas virtuosas y superdotadas pertenecientes a familias honorables que no puedan costear los gastos de enseñanza.

Las Becas se conceden para estudios Universitarios y no se comprende en ellas el internado.

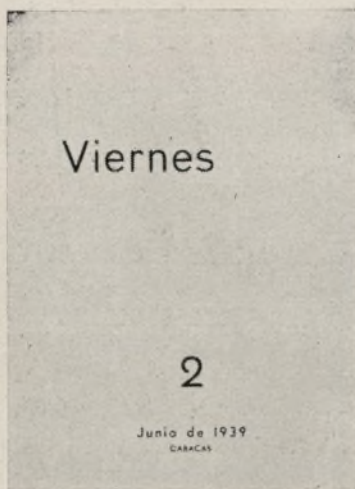
Para conseguirlas, deberá dirigirse una instancia al Rector de la Institución, Marqués de Lozoya, acompañada de un certificado de buena conducta expedido por el Párroco u otra persona de solvencia moral y una relación de las notas obtenidas en los exámenes de los estudios cursados anteriormente. Dichos documentos no necesitan reintegrarse.

La Junta, después de revisarlos, concederá provisionalmente las becas a las señoritas que juzgue están dentro de las condiciones señaladas por la Institución, y dos meses después, cuando se hayan apreciado en clase las cualidades de las alumnas, serán o no definitivamente admitidas.

BIBLIOGRAFÍA

POR

LUIS DE BARJA



VIERNES.—El Grupo *Viernes*, que encuadra lo mejor y más selecto de la intelectualidad venezolana, continúa su labor en pro del mejoramiento cultural del noble pueblo suramericano.

Desde Caracas nos llega el número 2 de la Revista *Viernes*, órgano de este Grupo brillantísimo, espléndidamente editado y consagrado a la memoria del malogrado poeta Angel Miguel Queremel.

Dulces evocaciones de los viajes interminables de aquel gran *trotamundos* que se llamó Queremel a través de Marruecos, de la Europa Central, de las viejas ciudades italianas que fueron cortes de los reinos minúsculos del Renacimiento...

Las viejas cortes de ensueño, donde reinaron entre lances de amor y bellas conspiraciones palaciegas, los hijos de Isabel Farnesio...

Paisajes de la hermosa tierra venezolana; sonetos de una geométrica elegancia en la forma; cuentos y un magnífico romance, que bien vale por toda una vida fervorosa y juvenil,

dedicada con honrado entusiasmo a la Poesía.

Brazo en alto saludamos a los poetas de *Viernes* y agradecemos cordialmente, sus calurosas líneas-dedicatoria, a cuantos, desde estas páginas de «CAUCES» venimos trabajando, con anterioridad al Alzamiento Nacional, por una España mejor.



MAURITANIA.—Revista Mensual Ilustrada.—PP. Franciscanos.—Tánger.—Marruecos.—N.º 143.

Un editorial, concebido en tonos altamente patrióticos, en el que, bajo el título: «La Voz de España», se comenta el Mensaje del Caudillo a la América española; estudios documentadísimos acerca de la labor de apostolado cristiano en Marruecos; estampas sobre Manuel Bellón (a) «El Africano», de nuestro buen amigo el ilustre Secretario General de la Alta Comisaría de España en Marruecos, D. Tomás García Figueras; un magnífico trabajo con fotografías del Peñón de Vélez de la Gomera... He aquí la parte más interesante del índice del último número de *Mauritania*, la gran revista, que tan espléndida tarea de siembra españolista realiza en el Norte de Africa, bajo la dirección de los PP. Franciscanos de Tánger.



HORIZONTE.—Número homenaje a Madrid.—1939.—Director: «Romley».

He aquí un nuevo número de la gran revista que dirige «Romley», eminente publicista y crítico de arte. Madrid ha sido bien homenajeado con motivo de la Victoria. Su mérito excepcional como ciudad de primerísimo orden en todos los aspectos y la línea futura de un Madrid transformado por decisión amplísima del Caudillo, ha sido admirablemente recogido y exaltado por esta gran revista, orgullo de la técnica tipográfica española. Muchos y valiosísimos trabajos figuran en este número especial. Sería difícil destacarlos, y consignaremos por ello las firmas de Eduardo Marquina, Foronda, Borrás, Figueroa, Pania-gua, etc. Numerosísimas fotos, láminas plegables (espléndidas las del Madrid futuro) y otros trabajos de no menos interés

completan el sugestivo índice de «Horizonte», en su número conmemorativo de la Victoria.

Párrafo aparte merece la plana completa de Adriano del Valle, el ilustre poeta sevillano, que se nos ofrece aquí lleno de un ágil y fino espíritu, en una de sus varias facetas artísticas: el «collage», dibujos compuestos, del que se desprende una clara visión estética y sobre todo una finísima distribución de temas y motivos.

De los «collages» de Adriano del Valle ha dicho Lloset, en reciente homenaje al poeta: «en ellos se mezclan, al gusto romántico, la orilla de un Guadalquivir entoldado por las goletas y de un paseo de las Delicias charolado por las berlinas burguesas y el «landeaux» ceremonioso de la casa ducal: una mesa revuelta con barcos de avellanas y carros que alumbren el romance, con la cara de Mongolfier asomada a las páginas de la Ilustración y la silueta de Montes enjaezada de oro sobre la cal de la Maestranza».

Exactamente, así son estos «meccanos» de los dibujos que tuvieron la fortuna de aparecer ante los ojos de Adriano, porque el autor de «Lyra Sacra» los lleva al grabado con una gracia peculiar y personalísima.

En este número que «Horizonte» consagra a Madrid y a la Victoria, Adriano del Valle ha publicado el «Collage» cuya reproducción fotográfica insertamos con esta nota. En él sentirán nuestros lectores como una evocación de aquellas horas inefables, en las que, llenos de ilusión y alegría, todos nos afanábamos en construir puentes y ríos, luces y sombras imaginativas, montes y violines, mezclado todo con la unidad de un ansia de vida, de una multiplicación de impresiones inolvidables.

Adriano del Valle—el alma de mayor pureza que podamos conocer—generoso y amigo hasta la idea pura de ambas virtudes, máximo amigo—como aquí le llamamos—nos ofreee ahora la faceta admirable de estos grabados originalísimos y joviales.

Todo el número aparece muy acertadamente impreso.

Revista Nacional de Cultura

EDITADA POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
DE LAS ISLAS DE VENEZUELA

No. 8

Sumario

COMUNICACIONES Y VISTAS DEL MUNDO
FLORES COLTO PLANTACIONES DEBANDADO PAU
REPTILES Y ANIMALES MARINOS DEL CARIBE
MUSICA Y DANZA EN EL VALLE DEL CARIBE
LOS RIOS DE VENEZUELA. JUAN CARLOS WILLY DE
ESPARTELLA PUEBLA. CUBA Y VENEZUELA
A. P. DE VENEZUELA. EDUARDO CARRERA

RESEÑA DE LA
CULTURA Y VISTAS DEL MUNDO
PUEBLA Y VENEZUELA. EDUARDO CARRERA
RESEÑA DE LA CULTURA Y VISTAS DEL MUNDO
EDUARDO CARRERA



1939 - JUNIO - CARACAS - VENEZUELA

REVISTA NACIONAL DE CULTURA.—Caracas —N.º 8.

Sumario interesantísimo, con páginas dedicadas al estudio de los idiomas clásicos, a la boda y a la onomástica de Bolívar; a Sarmiento; a varios poetas venezolanos; a las travesías oceánicas hace 4.000 años.

Nuestra enhorabuena y gratitud al Dr. Núñez Ponte, alma de esta meritísima publicación, a cuyo saludo cordial, correspondemos.



FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS EN BENADALID (MÁLAGA). —Tomás García Figueras.

El folklore andaluz se enriquece con esta magnífica aportación del Sr. García Figueras. Quienes recordábamos con gusto el estudio que ya el autor de este folleto había hecho de las fiestas de moros y cristianos en la pintoresca aldea gaditana de Benamahoma, hemos saboreado, con hondísima delectación, el romance popular y religioso que se representaba, escenificado, en Benadalid, el día de San Isidoro, Patrono del pueblo, y dado a la imprenta en un elegante y bien editado libreto y anotado por el ilustre africanista.

Nuestro parabien al incansable y erudito Secretario General de la Alta Comisaría de España en Marruecos. Y nuestra gratitud. Porque esta labor, paciente y meritoria, de estudio, de exaltación de las viejas costumbres tradicionales de la Raza, es siempre digna del mayor encomio, y de una manera particularísima, en esta hora de retorno a los valores telúricos de la Patria.

ACUSE DE RECIBO

Algo más..., de A. Gutiérrez Martín, prólogo de José M.ª Pemán, ilustraciones de J. Miranda. Editorial Cerón. Cádiz.

Mussolini. — Biografía, por Jorge Pini, XII Edición, 300.º millar. Cappelli, editor. Bolonia.

El Arte Nocturno de Victor Delhez — Fernando Díez de Medina. Biografía poética con 64 grabados del artista. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires.

Tradição. — Revista de cultura. Año III. Números 11 e 12. Agosto, 1939. Recife. Brasil.

Mauritania. — Revista Mensual Ilustrada.

PP. Franciscanos. Tánger (Marruecos). Núm. 144. Año XII. Noviembre, 1939.

Horizonte — Revista mensual de arte, literatura y actualidades. Núm. 7 de la III Epoca. Año VI. Avenida del Generalísimo, 13, (antes Paseo de la Castellana) Madrid.

Latina. — Núm. 7. Roma.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de estas obras y revistas, llegadas a nuestra Redacción estando ya en caja nuestro Núm. 26.



Garvey

*S.A.
Jerem*

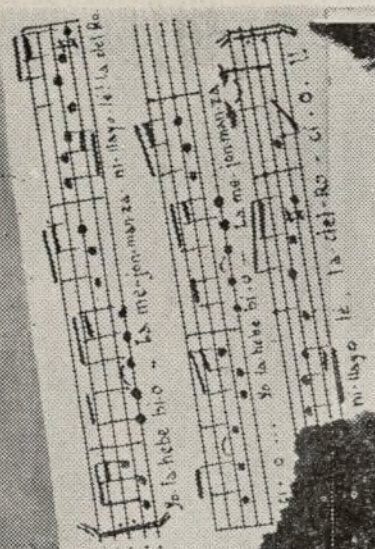
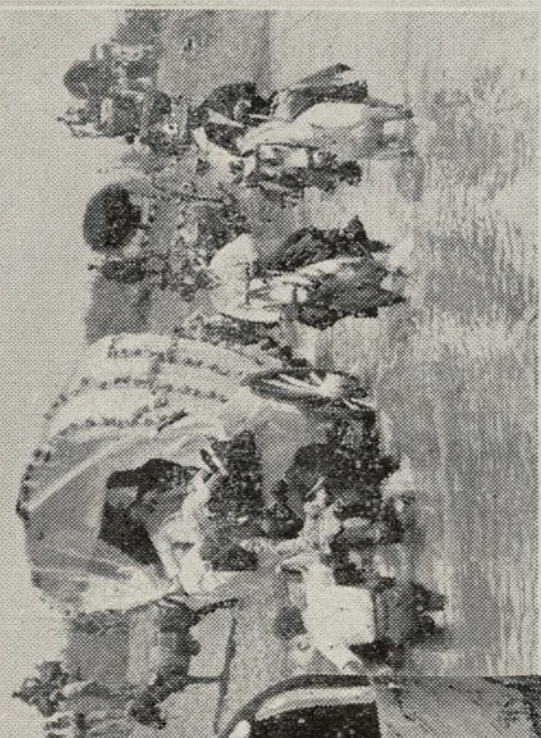
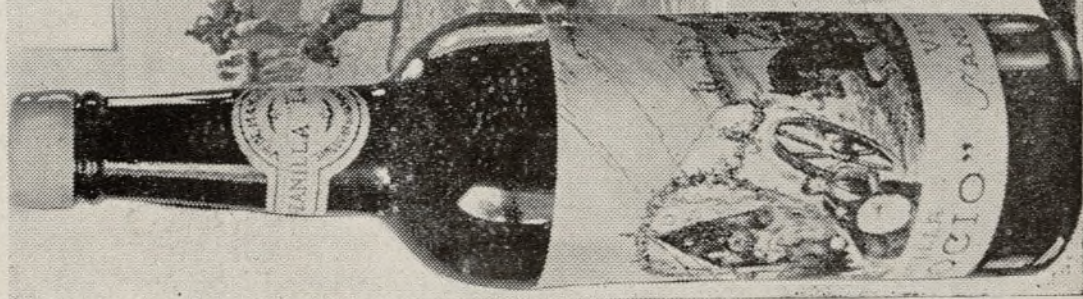
Casa fundada en 1780

VINOS Y COÑAC

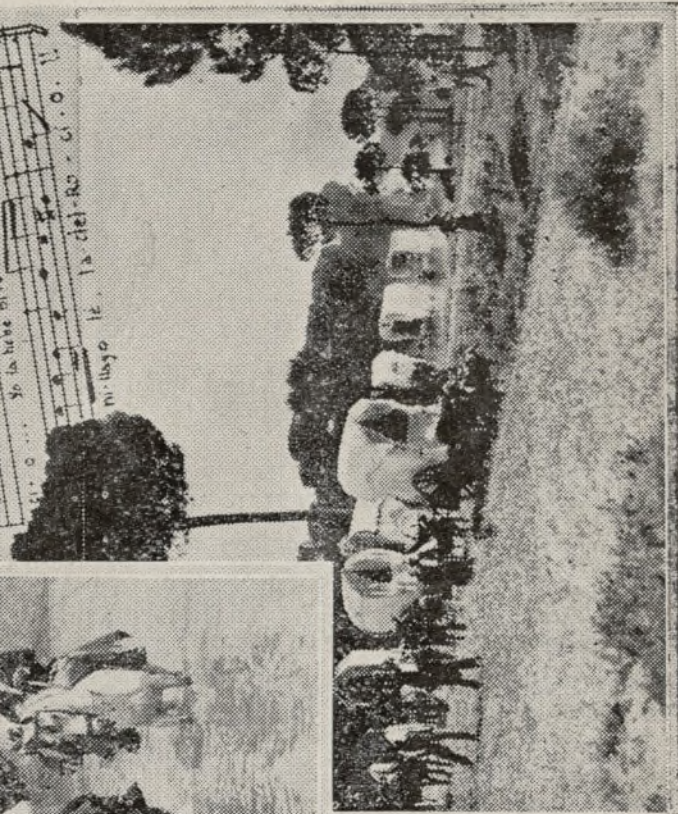
Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MANZANILLA "EL ROCÍO" - VDA. DE MANJON - SANLUCAR DE BARRAMEDA



Yo la he bebío,
la me-jón manzanilla
y toel,
la de «El Roció»
hefero.



VISTO-
LARA
959



Una puerta abierta al comercio español. ---

Intercala su propa-
ganda en los pro-
gramas de

RADIO JEREZ

que es oída dia-
riamente por más de

2000000
personas

DE NUESTRO
PROXIMO
INDICE

FLECHAS NAVALES	<i>Alejandro Echaide.</i>
JUAN DE AVILA: Trozos de un libro.	<i>José de las Cuevas.</i>
LA CARTUJA DE JEREZ.	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
OTOÑO: Estampa	<i>Juan Miranda.</i>
Estudios: EL P LUIS COLOMA: Su vida en el siglo .	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>
EL AMIGO MUERTO	<i>Juan Ruiz Peña.</i>

POESÍA DE

ADRIANO DEL VALLE
JUAN RUIZ PEÑA
P. PÉREZ CLOTET

CRÓNICA DE

TRAVECEDO
MARÍA DE MAEZTU
PEDRO MASSA
E. DE ATARFE

FOTOS DE ARTE DE

ENRIQUE DEL PINO
JOSÉ MARÍA
HERNANDEZ-RUBIO

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE
José María HERNANDEZ - RUBIO
y Pedro MONTERO GALVACHE
Queipo de Llano, 38.
Jerez (Cádiz) ESPAÑA
Ayuntamiento de Madrid

